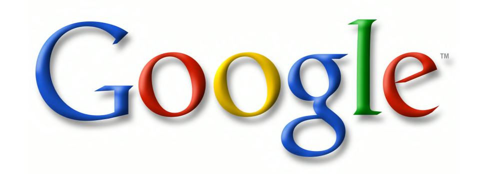




EPISODIO DE LA GUERRA DE CUBA

EL 6 DE ENERO DE 1871

POR

M. L. M.

superviviente de la hecatombe.

> Aquel fué un momento único; fué aquella una hora horrible y tristísima............
>
> SANGUILY.

PUERTO PRINCIPE.

Imprenta LA LUZ San Diego 28

1893.

EL 6 DE ENERO DE 1871.

Melchor Loret de Mola

ERRATAS.

Prescindiendo de las que se han deslizado en la puntuación y acentos, que dejamos á juicio del lector, anotamos las más importantes.

PAG.	LIN.	DICE.	LÉASE.
1	8	gravado	grabado
5	14	insignificacia	insignificancia
6	17	les acosaban	las acosaban
10	15	de nuestra historia	nuestra historia
22	16	ver Acosta	ver á Acosta
38	9	intérvalos	intervalos
40	7	fiol contraste	fiel contraste
76	14	Agostadas	Agotadas
79	1	á la silla y su caballo	á la silla, y su caballo



EPISODIO DE LA GUERRA DE CUBA

EL 6 DE ENERO DE 1871

POR

M. L. M.

superviviente de la hecatombe.

> Aquel fué un momento único; fué aquella una hora horrible y tristísima............
>
> SANGUILY.



PUERTO PRINCIPE.

Imprenta LA LUZ San Diego 28

1893.



INTRODUCCION.

La triste celebridad que alcanzó el asesinato de mi familia, tanto por las circunstancias en que se verificó y las condiciones de las víctimas, como por la ferocidad sin igual desplegada por los autores, motiva que sea uno de los principales episódios sangrientos de la pasada Revolución que el sentimiento cubano ha recogido y gravado con caracteres indelebles, como requisitoria tremenda contra el despotismo y la tiranía.

De ahí, que el monstruoso crimen, como el fusilamiento inícuo de los estudiantes que le su-

cedió inmediatamente, sea la cita obligada, el recuerdo ignominioso, el argumento contundente, encajado como señal de fuego en los escritos sediciosos, en los discursos, folletos y episódios sensacionales de los propagandistas revolucionarios cubanos.

Miles de veces, en todas las formas, en todos los tonos, y en todos los lugares donde ha habido un cubano de corazón, se ha evocado, se ha referido, se ha utilizado y comentado el espantoso drama.

Puede decirse, que sin excepción, toda la brillante pléyade de poetas y escritores cubanos que figuraron en la Revolución, y los que se significaron por la causa de su país, han consagrado piadoso recuerdo á las víctimas inmoladas el 6 de Enero de 1871.

Pero la inmensa mayoría, por no decir todos los escritores que se han ocupado del hecho, postergaron la verdad, unos á los lirismos de su fantasía, otros á los fines que les impulsaron á referirlo, y los más por no tener un conocimiento exacto de él. Ultimamente se ha publicado un relato del suceso tan léjos de la verdad, que sin

los nombres y la fecha, hubiera pasado completamente inadvertido para mí.

Los supervivientes de aquella hecatombe agradecen á esos escritores el recuerdo sentido que han dedicado á las víctimas, y respetan los levantados fines que les impulsaron; pero yo, en mi particular, como testigo ocular, no puedo menos de sentir que, por tales ó cuales razones, se desvirtúe ó ridiculice con inventivas y exageraciones improcedentes, un suceso histórico, por desgracia imponderablemente horrible; llamado más á unir corazones por la influencia de la piedad y la conmiseración, que á servir de arma ofensiva para exacerbar las pasiones y despertar odios y rencores.

Ya que los que pudieron hacerlo mejor no han querido tomar mis informes; rindiendo mayor culto á la verdad, emprenderé yo—por más que reconozco mi insuficiencia—la penosa y difícil tarea de referir al mundo el luctuoso suceso, confiado en la benevolencia de mis lectores, quienes deben considerar que se trata de un doloroso relato *íntimo*, escrito por quien no tiene más título que el haber sido testigo presen-

cial é inspirarse en la verdad y el sentimiento más puro, sin un átomo de vanidosas pretensiones literarias.

Algunos amigos á quienes comuniqué mi propósito, trataron de disuadirme, por estimar que hechos de esa naturaleza no podían publicarse en Cuba; pero yo no soy del parecer de esos amigos, sino por el contrario, entiendo que no sólamente pueden, sino que deben publicarse aquí, en Cuba, mejor que en ninguna parte, esos hechos sangrientos, por dolorosos que sean para los unos y desagradables para los otros; porque constituyen la historia del pasado, y el pasado es la realidad, y las realidades que impresionan la memoria y los sentidos sirven de lección para el porvenir.........

Al tomar la pluma para referir esa historia de horrores y de lágrimas, alejo de mi mente toda idea preconcebida, y aparto de mi corazón los odios y rencores que pudieran en él existir, quedándome sólo con el doloroso recuerdo, iluminado por la verdad; pero en la expresión de la verdad, he de ser claro, preciso, terminante; sin ambajes, rodeos, ni debilidades, impropios de

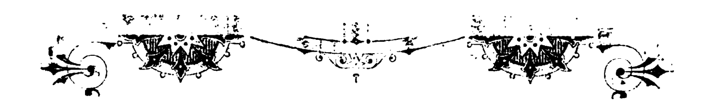
mi carácter y de la condición misma del hecho.

Si algún espíritu apasionado é intransigente estimase denigrante ú ofensiva alguna de mis expresiones, culpe á la realidad misma del suceso que refiero ó comento; pero nó á mí, que fiel narrador, procuro hacer resplandecer la verdad, por más desagradable y amarga que sea.

Criado en el fragor de los combates, y empapado en la sangre de toda mi familia, el destino me arrastraba á una existencia agitada y borrascosa por las más exaltadas ideas, y rencorosos y vengativos anhelos; pero la conciencia de mi insignificacia, y la concepción del verdadero patriotismo, contrarrestando la influencia de aquél, me impulsan á vivir retraído de las contiendas políticas, y en el seno de un hogar puro y dichoso, alentado por la dulce compañera de mi vida, espero tranquilamente los acontecimientos: ¡ojalá que éstos sean siempre de paz y de ventura para Cuba!.........

Puerto-Príncipe, 6 de Enero de 1893.

Melchor L. Mola y Mora.



El 6 de Enero de 1871.

I

Entre las inmensas y ardientes *sabanas* de Magarabomba se alzan imponentes y magestuosos los montes vírgenes de "Lázaro," donde la prodigiosa vegetación de nuestro suelo, como un alarde soberbio de su poder, lanza los árboles, en apretado haz, á fabulosa altura, con su abundante y magnífico ropage de verdura; no dejando penetrar en su seno un soplo de aire, ni un rayo de Sol.

Allí, en sus recónditas entrañas, en medio de un descampado, encuadrado por frondosos ál-

másigos y ceibas, gallardas palmas y caobas, se levantaban dos pobres *bohíos,* humildísimo y postrer albergue del virtuoso ciudadano, el Prefecto del Caonao, Melchor L. de Mola, su esposa Mercedes Mora y sus hijos Alberto, Adriana, Melchor y Manuel, y su hermana Juana Mora de Mola con sus hijos Vicente, Miguel Angel, Alejandro y Juana.

*
* *

El tiempo, con su implacable dedo, marcó la fecha nefasta del 6 de Enero de 1871.

Tres años de vicisitudes, de amarguras y privaciones había afrontado con estóica resignación aquella digna familia.

La época feliz de la Revolución, aquella de bienestar y regocijo, en la cual se esperaba ver brillar la hermosa aurora de la Libertad y la entrada triunfal en la ciudad, había pasado ¡ay! velozmente, como sueño fugáz.

A los dias venturosos pasados en el "Ingenio Santa Inés," sucedieron con brutal precipitación y *en crescendo* extraordinario, otros de angustias, de penalidades y de miserias.

Las arteras calumnias, las traiciones viles, el

desamparo absoluto y la fuerza incontrastable del número, ¡la carne de cañón,! habían contenido el heróico esfuerzo de un puñado de valientes, que no tenían más armas que sus brazos, más escudo que sus desnudos pechos, más protector que Dios!

La lucha de ciento contra uno, y contra las vilezas y las infamias, no era sostenible.

Hubo un momento de vacilación en aquellos pechos generosos, que fué de funestas consecuencias para la *Santa Causa,* aunque sus resultados no se tocaron hasta 7 años después; porque hubo hombres de alma suficientemente grande, como Céspedes, Agramonte, Cisneros, Gómez y otros, que supieron sostenerla contra todos los embates de la suerte aciaga.

Tan rudos golpes y crueles decepciones llevaron el desaliento y la indignación al ánimo de los soldados de la patria; entró el desorden, la indisciplina, y la dispersión fué casi general.

Bajo tales circunstancias pudieron fácilmente, sin tropiezo ni gastos de pólvora, enseñorearse las tropas enemigas de las extensas y apartadas zonas insurreccionadas, cuando antes

difícilmente podían salir á una legua de la Ciudad en busca de forrages.

Sim embargo, el distrito de "Caunao", principal baluarte de las fuerzas camagüeyanas, estaba defendido por algunas partidas bastante bien organizadas y armadas. Una de éstas la mandaba el Coronel Alejandro L. de Molá, quien con la impetuosidad que le caracterizaba, había dicho: *que el enemigo pasaría sobre su cádáver, antes que entrar en su distrito.*

En efecto; en la acción de "La Jagua" hizo tenáz, desesperada y heróica defensa de su zóna, hasta que, viendo diezmados y dispersos á sus compañeros, que vencidos por el número se retiraban, en un arranque de desesperación y corage se precipitó machete en mano, al grito de ¡Viva Cuba!, sobre el enemigo; cayendo acribillado y tinto en su sangre entre las filas españolas.

La ocupación del "Caunao" por el enemigo y la muerte de Alejandro, fueron de consecuencias fatales para la familia Mola y Mora, iniciándose para ella una era no interrumpida de sufrimientos y de lágrimas.

De su apacible y relativamente dichosa estancia en la finca "San Carlos", tuvieron que pasar á otro y otros puntos; y ante la activa y constante persecución del enemigo, que en pos de sí dejaba la desolación y la ruina, no había para ellos un momento de reposo. Las huidas, las marchas y contra-marchas, eran perennes: en carruage, en carreta, á pié, á caballo; en pleno día, bajo los abrasadores rayos de nuestro sol; en medio de la noche, lóbrega y triste; bajo deshechas tempestades; por entre desiertas y áridas *sabanas*, por entre impenetrables montes y maniguales: acongojados por el terror, desfallecidos de cansancio; muertos de sed y de hambre! ......

Así, bajo el peso de tantas penalidades, de tantos horrores, de etapa en etapa, llegaron á establecerse, como último refugio, en los intrincados montes de "Lazaro."

Allí vivían, como enterrados en una tumba, tristes, desolados, hambrientos; devorados por la anémia y consumidos por crueles enfermedades, que mitigaban con sus plegarias al Dios de

los desamparados, á la virgen piadosa de la Caridad!......

¡Dios!—¿Cómo era posible que ese amante esposo, ese tierno y cariñoso padre, no ponía remedio á tan horrorosa situación? ¿Porqué no se presentaba, acogiéndose á indulto, como lo habían hecho, como lo estaban haciendo, casi todas las familias que, como la de Mola, habían sido arrastradas á la vida azarosa del campamento, por el amor á los suyos y el entusiasmo patriótico?

¡Ah!—Es que esa familia estaba predestinada al sacrificio; su hado fatal teníala marcada con señal sangrienta!

¡La presentación!, ese clavo candente á que se agarraban las familias cubanas cuando los sufrimientos y la miseria espantosa les acosaban, estaba vedado á quella familia mártir. Entre ella y España había un abismo infranqueable; un mar de sangre, cuya vista sólamente, producía vértigos! Si en un momento de debilidad hubieran emprendido el camino hacia la ciudad, los manes de Alejandro, de Gregorio, de Luis, de Julio Mola y tantos otros

seres queridos, les habrían atajado, gritándoles airados é indignados: ¡ATRAS! ¡VENGANZA!

Solo una esperanza de salvación aceptable tenían, y la acariciaban como el avaro su tesoro; ella les daba alientos, fuerza y resignación en medio de tantas desventuras: ¡la proscripción, la emigración al extrangero!

El Jefe de la familia, Melchor, trabajaba por conseguirlo, sigilosamente, con fervor y tenacidad; como el prisionero ansioso de libertad, pulveriza á arañazos, con paciencia y constancia de siglos, las paredes formidables que lo aprisionan.

Emigrar al extrangero desde el campo insurrecto, era obra de titanes.

Dado el primer paso, obtenido los medios materiales para verificarlo, que por sí solo constituían casi un imposible, había que luchar contra las asechanzas de la traición, contra las leyes severísimas de la República, contra la persecución y el plomo del enemigo.

La era de las replesalias estaba en todo su furor·

Las proclamas feroces y sanguinarias de Valmaseda, y su conducta aún más violenta y brutal,—secundada y aplaudida por una turba de aduladores, que só capa de un mentido patriotismo, excitaban al exterminio de los cubanos, asegurando así la impunidad de sus propios desafueros, de sus expoliaciones y de tantos crímenes que á la misma España avergonzaron- habían llenado de odio é indignación á los hombres de la Revolución; de esos hombres, que hasta entonces sólo anidaban en su pecho el noble anhelo de la libertad, conquistada con su sangre en los campos de batalla; y se inició una guerra sangrienta, sin cuartel, inícua.

Aquellos que poseían la fuerza y todas las ventajas, lejos de dar ejemplo de hidalguía y generosidad, arrastraron los sucesos por los tortuosos senderos del crimen y de la infamia. Lo que pudo ser una guerra gloriosa, enaltecida por la generosidad del fuerte y la heroicidad del débil, que guardara la Historia en páginas de oro, para honra de vencedores y vencidos,

resultó una lucha salvaje, de la que se aparta ... recuerdo con horror. (1)

A esas proclamas incendiarias, á esos escri... infames, contestaba el Gobierno de la Repú... ca con otras violentas, severísimas, implacab... y los periódicos cubanos respondían con e... nenadas frases á los villanos y cobardes det... tores y calumniadores de sus hijas, de sus ... manas y de sus madres. (2)

Los prisioneros, los traidores, los apóstata... los tibios y ¡hasta los inocentes! de uno y otr... bando, eran juzgados y condenados irremisible mente.

Allí no había atenuaciones ni graduaciones en el castigo: la vida ó la muerte, ¡y la muerte triunfaba!......

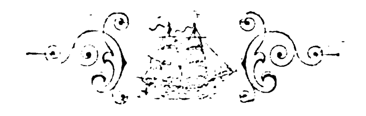
En medio de esa deshecha tempestad de pa siones que todo lo avasallaba y arrasaba, se e... contraban aquellos desventurados seres.

(1) Véanse las proclamas y artículos incen... que insertamos al final.
(2) Al final incluímos uno de esos escritos, po... Gelpí.

Empero, un rayo de esperanza les alentaba. El Presidente Céspedes les había ofrecido, al fin, un salvo-conducto para pasar al extrangero: faltábanles la ocasión y los medios.

Se esperaba la llegada de un buque expedicionario, el que, en seguida que cumpliera su misión, regresaría á Nassau, y en él esperaban embarcarse; pero para realizarlo había que vencer muchas dificultades, correr muchos peligros y disponer de un verdadero capital.

Estas largas digresiones que nos han apartado del hecho luctuoso son necesarias, imprescindibles; porque permiten comprender y apreciar sucesos posteriores, y también, porque sin ellas, quedaría incompleta de nuestra historia, que, como la del Nazareno Inmortal, tuvo su amargo Calvario antes de llegar al Gólgota cruento!....



II.

La mañana del 6 de Enero de 1871 se presentó hermosa y serena. Los rayos tibios del sol naciente, reflejando en iris sobre las verdes copas de los árboles, atenuaban la humedad del rocío y la intensa frialdad de la brisa, produciendo una temperatura agradable, que perfumada con el suave aroma de las mil florecillas del bosque, se aspiraba con deleite á plenos pulmones.

El *arriero* impetuoso, el intrépido *carpintero* el brillante *colibrí*, el *sinsonte* cantador y tan-

tas y tantas pintadas avecillas que en aquel apacible lugar habían formado el nido de sus amores, mostrábanse alegres, bulliciosos, impacientes; revoloteaban y saltaban de rama en rama y por el verde césped, entonando en el conjunto de su charla, de sus trinos y gorjeos, vivaz, incesante, un himno grandioso de alabanza á su Creador; una salutación matinal de cariñosa simpatía á sus amigos, á sus leales huéspedes, que no violaban la hospitalidad con indigno ultraje, inícua esclavitud, ni alevosa muerte.

En medio de ese vergel se alzaba, en penoso contraste, la humilde choza que cobijaba la desventura, la abnegación, la resignación santa.

Aquel *bohío*, de forma cuadrilátera y construido de bejucos, yaguas y pencas de guano, estaba dividido en su interior por tres departamentos: una habitación á cada lado y, entre éstas, un estrecho pasillo, abierto á ambos lados.

En el centro de ese pasillo, que hacía las veces de comedor y recibimiento, había una mesa

con dos bancos al rededor, formado todo de rústicos tablones de palma, sostenidos sobre *janes* encajados en tierra. El mobiliario se componía de dos ó tres *taburetes* de cuero, y del techo y de los tabiques divisorios, se veían colgadas las prendas indispensables de la situación: sillas de montar, aparejos, hachas, machetes, armas de fuego, sacos de municiones etc.........

Como á dos metros de distancia de ese *bohío* había otro, situado paralelamente, en el cual estaban la cocina y la habitación de los criados, de los compañeros de infortunio, mejor dicho.

La miseria y el hambre reinaban allí contra todo empeño, esfuerzo y desvelo para evitarlo, no sólo por lo crítico de la situación, sino porque la familia era en extremo numerosa. Se componía de 15 personas; de éstas, 8 niños, el mayor de los cuales tenía 14 años, y tres criados; antiguos esclavos que habían permanecido fieles á sus amos en la desgracia; pero á veces llegaban á reunirse hasta 20, por las frecuentes visitas de parientes y amigos.

La familia, sobre las diez de la mañana de aquel funesto día, acababa de tomar su frugal y perpétuo almuerzo: algunas viandas, y como extraordinario, un pedazo de carne mal condimentada, que á veces comían sin sal. Las señoras, Mercedes y Juana, se habían retirado á su humilde habitación para buscar en el sueño un momento de olvido y reposo á sus dolores.

Melchor, sentado en un *taburete* junto á la puerta, con su encanecida cabeza entre las manos, se engolfó en penosas cavilaciones. Maduraba el plan para salir de aquella espantosa situación.

Los niños, con el egoísmo propio de la inocencia, agenos á las preocupaciones y sufrimientos de los demás, jugaban y corrían alegremente.

En los rostros macilentos de las personas mayores brillaba, sin embargo, un rayo de alegría, que se reflejaba en la extraordinaria y ruidosa algazara de los niños.

¡Tenían una esperanza!

Durante el almuerzo se había hablado del

proyectado viage al extrangero, á Nueva York, y Melchor, apoyado por su inseparable y leal amigo D. Antonio I. Quintana, para infundir ánimo á su atribulada familia, había anunciado que su ausencia del dia anterior había tenido por objeto no sólo buscar provisiones, sino tomar las últimas medidas para la realización del viage que sería muy en breve; dando minuciosos detalles y explicaciones para vencer la incredulidad de las señoras.

Por tan buena noticia, convinieron en celebrar su cumple-años, que era ese día, con una comida extraordinaria y una velada con los próximos vecinos, que serían invitados al efecto.

Los hijos mayores, Alberto, Miguel Angel y Vicente, acompañados por un moreno, salieron en busca de las provisiones que habían de constituir el *festín* de la tarde.

Melchor y Quintana, hablaban sobre ciertos sucesos, y discutían la mejor forma de emprender la marcha hacia la costa.

Inesperadamente, como impulsados por un

resorte, se levantaron despavoridos é impusieron silencio á los niños.

Percibíase un sordo y creciente ruido que en eco vaporoso repercutía por los ámbitos del monte, como un trueno apagado y lejano. Los dos amigos se miraron anhelantes, se comprendieron, y sin decirse una palabra, se precipitaron á cojer sus armas. La familia, sobresaltada, se reunió prontamente en el comedor, rodeando á los hombres.

Quintana corrió hacia la *vereda* que conducía al *Camino real*, á pocos metros de allí. Melchor, agitado y febril, aguardaba empuñando su rifle *Winchester*. Las señoras, muertas de congoja, le asediaban á preguntas; los niños lloraban; las criadas, más previsoras, no esperaron, sino que desde el primer momento se declararon en fuga, llevándose lo que tenían en las manos: una de ellas se llevó en brazos el niño más pequeño, nombrado Manuel, hijo de Melchor.

—¡Suéltenme, silencio, no es nada,! Espere-

mos!—balbuceaba el atribulado padre, ante aquella baraúnda.

Una descarga de fusilería retumbó en el monte como trueno formidable.

Cesó la incertidumbre; enmudecieron las lenguas, y como tocados por un resorte, se lanzaron todos, hombres, mujeres y niños, á cojer lo más indispensable para huir.

¡Era demasiado tarde!

Reapareció Quintana seguido de un moreno, ambos á todo correr, agitando sus brazos al aire y gritando á media voz: —*¡la tropa! ¡la tropa!...*

Arrojáronse sobre el atribulado padre, lo arrancaron de los brazos de las señoras y los niños, y le dijeron:

—No hay tiempo que perder; huyamos solos; nuestra presencia perdería á todos!.....

—¡Oh! nó; ¡nunca!, exclamó aquel, apretando en sus brazos á toda la familia, que también le incitaba á huir.

Una corta lucha se promovió entre aquellos tres hombres; al fin, el pobre padre, vencido, fue

materialmente arrastrado por la amistad y la fidelidad, hasta internarse en el monte.

¡Ya era tiempo! Aún se dibujaba la silueta de los fugitivos por entre los enfilados árboles del monte, cuando por el lado opuesto aparecieron por distintas partes una veintena de hombres con el trage azul de los soldados españoles, que á paso de carga, bayoneta calada y voceando desaforadamente *¡á ellos! ¡á ellos!*, se lanzaron sobre el *bohío* indefenso. Unos corrieron en persecución de los fugitivos; otros, con la desfachatez que presta la impunidad, entraron en el *rancho,* prorrumpiendo en salvajes gritos y blasfemias, destruyendo á culatazos cuanto encontraban á su paso. ¡Comenzó el saquéo!....

La familia, desde el primer momento, se había refugiado, yerta de terror, en el más oscuro rincón de una de las habitaciones; y allí, de rodillas y en apretado haz, como resguardándose los unos á los otros, imploraban la misericordia divina.

Uno de los niños, mandado por su madre,

corrió á alcanzar á su padre para entregarle los cofres de las alhajas; pero por desgracia no lo consiguió. Al regresar al *rancho*, tropezó de manos á boca con uno de los soldados, que lo agarró, le arrebató los cofres y de un brutal empellón lo lanzó sobre la cerrada puerta de la habitación, que se abrió violentamente, produciendo un tumulto espantoso entre los gritos y quejas de la familia y los aplausos y risotadas de la soldadesca.

La primera infamia motiva otra y otra, hasta el crimen. La horda impía se arremolinó, rugiente y amenazadora delante de la puerta, como una camada de lobos ante el tierno corderillo. Habían visto el oro y olido la sangre, que corría por la frente del niño. La codicia y la ferocidad empezaban á embriagarlos!.........

La inminente catástrofe, sin embargo, no tuvo efecto. El toque corto y repetido de lejana corneta, los contuvo; no decimos afortunada ó providencialmente, porque si había de suceder ¿qué más daba antes ó después?

De la espesura del monte salió un ginete al galope, espada en mano.

—¡Eh! ¡eh!—Llamada, llamada!—¡El comandante!—Se dijeron los soldados, saliendo uno á uno, como pesarosos de haber perdido la ocasión de realizar una de sus hazañas.

—¡Alto! Fuera todos.—¿Qué hay ahí? exclamó el ginete.

—Mujeres y chiquillos, le respondieron.

El oficial se desmontó, entregando las riendas del caballo á uno de los soldados. Entró en el *rancho,* saludó á las dos Sras. atentamente y procuró tranquilizarlas.

Traía orden de conducir á los prisioneros y sus familias á presencia del Jefe, el Coronel Acosta y Albear, que acampaba con la columna á su mando en la falda del monte, sobre el *camino real.* A él correspondía resolver lo que había de hacerse.

Las señoras, al oir el nombre de Acosta, advirtieron al oficial que lo conocían y que en otro tiempo fué amigo de la familia. Le hicieron com-

prender la imposibilidad de poder cumplir esa orden, por el estado lastímoso en que se encontraban: Juana, delicadísima de salud, se hallaba accidentada por tantas emociones; la niña mayor, Adriana, postrada en cama por las tercianas, no podía moverse; los niños cohibidos por el terror, tendrían que ser llevados á viva fuerza; la más fuerte, Mercedes, torturada por las *malditas* (*) y con los piés hinchados, no podía dar un paso. Solo en un vehículo, en una carreta, como fardos, podían ser transportados......

Un alboroto exterior producido por *vivas* y risotadas, interrumpió la conversación. Eran los soldados que habían ido en persecución de Melchor y sus compañeros y regresaban con un prisionero. Mercedes lo divisó.

—¡Alberto!—Es mi hijo, exclamó angustiada. Un niño inocente; tened piedad de él, señor.

(*) Pequeñas llagas, duras y secas, muy dolorosas, que se producen en la piel por la mala alimentación, el calor ó el roce con las yerbas; sobre todo en las personas delicadas y poco acostumbradas á la vida del campo.

—No hay cuidado, señora; nada le sucederá, le dijo el oficial español.

—Eh! soltad á ese *chico* y traédlo, ordenó.

Alberto, intrépido y gallardo joven de 14 años, se acercó tranquilo y sereno al grupo que formaban la familia y el oficial.

Este le preguntó por los otros, y contestó que lo ignoraba; que estaba sólo, y al oir los tiros, se dirigió resueltamente al *rancho* á correr la misma suerte que sus padres, dejándose prender sin resistencia alguna por los soldados que le salieron al encuentro.

Conciliando la orden recibida con la imposibilidad de cumplirla, se convino que una de las señoras, con los niños que quisieran, y acompañada por Alberto, irían á ver Acosta; valiéndose del carruage que allí tenían, para el cual se mandó buscar un caballo.

En efecto; Mercedes, con los niños Alejandro y Juanita, guiados por Alberto que servía de calesero, llegaron á presencia del Jefe Español.

Era éste un hombre de edad madura, frisando en los 50, de mediana estatura, grueso, de porte distinguido y afables maneras. Su expresivo rostro, redondo y lleno, que acentuaba el corte de su barba á la española, revelaba la bondad y la franqueza de su carácter siempre jovial. En su expresión, en sus maneras y en su indolencia habitual, se advertía su origen criollo, que en vano pugnaban por vencer las costumbres del cuartel. Era el tipo del cubano *españolizado*.

Hallábase á la sombra de frondosas guásimas, echado en una hamaca, dormitando entre bocanadas de humo del tabaco que fumaba y arrullado por las incesantes adulaciones de la camarilla de protegidos que al sebo de su inmensa riqueza, le seguían á todas partes, y entonces, como militares de *ocasión* (que tanto abundaban en aquella época), formaban su Estado Mayor.

A respetuosa distancia se veían otros grupos de Jefes y Oficiales *de verdad*, y á lo lejos, for-

mando un ancho círculo, también por grupos y como desmigajado por la extensa *sabana*, el resto de la fuerza, con sus fusiles formando pabellones; y en el centro del círculo, las carretas del convoy, las acémilas y numerosos caballos que pacían.

Acampaban al raso.

El carruage, precedido del Oficial, se detuvo á corta distancia del lugar en que se encontraba Acosta, quien, advertido de su presencia, se levantó pesadamente y se acercó á pasos lentos, arrastrando su enorme sable.

Mercedes, imposibilitada de apearse, lo esperó en el carruage, entre temorosa y sonriente, como previniendo si el encuentro tendría lugar con un enemigo ó con un antiguo conocido.

El Coronel, inclinándose ligeramente, la contempló largo rato, procurando evocar un nombre que poner á aquel rostro triste y desencajado que no debía serle desconocido.

—¡Tan desfigurada estoy, que no me conoce usted? Soy Mercedes Mora de Mola.

—¡Oh! Qué había de conocer, ¡Santo Dios!

....

Fieles narradores de los hechos, y en nuestro propósito de no omitir detalle alguno, ni exagerarlos ni inventarlos; no pudiendo reproducir íntegramente la conversación que sostuvieron Acosta y Mercedes, en la que, sin advertirlo, se decidió la suerte desventurada de la familia; nos limitarémos á exponer en breves palabras lo que entre ellos se habló y se convinó: de su certeza responderá hoy á Dios el mismo Acosta, que así nos lo ha dicho, como á todo el mundo, cuando se le preguntaba sobre el particular.

Acosta, al saber que se trataba de la familia Mora, á la que conocía de antiguo, mostróse doblemente pesaroso é indignado por las vejaciones y atropellos, que supo por el Oficial, habían cometido los soldados de la avanzada, á cuyo inmediato Jefe reprendió severamente, porque los toleraba. Ordenó que inmediatamente se buscaran los cofres de las alhajas, dinero y demás

efectos robados, los cuales fueron devueltos á Mercedes.

Condolido de la aflictiva situación en que se encontraba la familia, según el relato que le había hecho Mercedes, propuso á ésta llevárselos á todos hasta Morón (como sin consultarlo lo hubiera hecho tratándose de otras personas); pero le hizo observar las penalidades y peligros que tendrían que afrontar. Su viage duraría cuatro ó cinco días, si no ocurría algún percance al convoy de provisiones y heridos que conducía; posible era que tuvieran algún encuentro con el enemigo, que no dejaría de molestarlos durante la marcha; y por último, que llevaba incorrada la guerrilla de Colón, *compuesta en su mayoría de hombres feroces, acostumbrados á la rapiña y á actos vandálicos, sobre los que habría que ejercer una vigilancia especial.*—Textual.

Mercedes rehusó la oferta, tanto por el estado lastimoso en que se encontraban y los horrores que le pintaban, como por no abandonar á su esposo, y además, porque—son sus palabras—

—*prefería morirse á entrar en una población de esa manera.*

Dispuesto Acosta á complacerla, consintió en dejar allí la familia, bajo promesa de que inducirían á Melchor y demás familiares á presentarse ó esperar su regreso, que á más tardar sería á mediados de Marzo; en la seguridad de que él los conduciría al Príncipe con todo miramiento y les facilitaría los recursos necesarios para que se fueran al extrangero, como deseaban y tenían proyectado.

Al despedirse, Acosta le anunció que antes de la media noche se marcharía para que estuvieran más tranquilas; le ofreció una guardia y le dió casi toda la comida que se tenía preparada para él, así como azúcar, galletas, latas, velas y otros efectos. Además, el médico del Batallón, llamado al efecto, se informó de sus dolencias y de las que aquejaban á los que estaban en el *rancho*, y le dió algunas medicinas.

Hasta aquí llegan los informes de Acosta. (*)

(*) Véase al final la relación que hizo Acosta del hecho

Pocos minutos después, Mercedes, rodeada de toda la familia, refería punto por punto la conferencia que tuvo con Acosta, cuya bondad y caballerosidad encomió.

Sin embargo, tanto ella como Juana, algo más incrédula é intransigente, no podían estar tranquilas miéntras estuviese allí la tropa.

¡Se contaban tantas historias horribles de esos hombres!

Además, les preocupaban las consecuencias que pudieran resultar de la imprudencia de Acosta en haber reprendido tan violenta y públicamente á un Oficial, que indudablemente desfogaría su cólera sobre los soldados; hombres feroces, como el mismo Acosta los había calificado, y ellas podían confirmar; pues en el asalto, sin la oportuna llegada del Ayudante de aquél, tal vez hubieran sido atropelladas, asesinadas, ¡sólo Dios sabe lo que hubiera ocurrido!

—¿Se arrepentirían de dejarlas?—Aquella bondad no sería una comedia?—¡La tropa podía sublevarse, matar á Acosta y venir contra ellas!........

No acabaríamos nunca si fuésemos á señalar los mil comentarios, las preocupaciones y temores, que unos á otros se comunicaban y que llegaron á infundirles tal terror, que hasta los enfermos encontraron fuerzas bastantes para huir, y lo hubieran hecho, si el destino aciago no hubiese inspirado á Alberto la idea de que tal vez los soldados estarían ya apostados por el monte esperando esa ocasión, ó la de que llegaran los hombres para acribillarlos á tiros!

El miedo, ese cáncer roedor de las almas débiles, cuando se apodera del corazón, invade la cabeza, se infiltra en la sangre, apoca el ánimo, vence á la razón y produce el delirio, la locura; arrastra, precipita y ayuda poderosamente al fantasma aterrador, á la desgracia que se cierne, al crimen que se presiente; y si no lo hay, ¡lo crea!

La desolada familia, delirante de terror, ya no se consideró segura. Presintiendo su fatal fin, lo esperaba de un momento á otro!

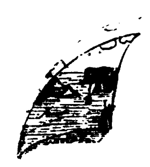
¿Quién podía persuadirla de que no era *el man-*

so cordero puesto de sebo para atrapar al codicioso león?

¿Hubiera sido el primer caso?........

—Melchor y sus compañeros no debían andar léjos. En cuanto se enteraran de que las habían dejado; que no estaba el enemigo en el *rancho*, volverían; y entónces........¡Ah! entónces, la traidora sorpresa, la lucha desesperada .....¡la hecatombe!........ ....

....



III

Las serenas y apacibles tardes de Enero como las oscuras y lluviosas de Junio, son igualmente tristes y melancólicas en las soledades del campo, allí donde la planta del hombre con sus leyes y artificios no ha ido á alterar la belleza primitiva de la Creación. Esa tristeza y melancolía se agrandan paulatinamente y toman caracteres siniestros á medida que las brumas de la noche van borrando del espacio los últimos destellos solares hasta cubrir con su negro velo todo el brillante matiz de la naturaleza.

Nada más horrendo, aún para los corazones más bien templados, que encontrarse rodeados de espesas tinieblas en medio de uno de esos impenetrables bosques, de enormes y empinados árboles, cuyo negruzco follaje se mueve acompasadamente como inmenso pajarraco, y cuyos rígidos troncos, por efecto de la imaginación ó de cualquier capricho del viento, forman las más terríficas figuras; mientras que bajo la inmensa y movible bóveda, que cierra la vista al espacio, se agitan en infernal algarabía sus ocultos habitantes, los inmundos y alevosos *hijos de la Noche.*

Si en tal situación, predispuestos ó cohibidos por el miedo, se apoca el ánimo y se pierde la serenidad; la imaginación, exaltada, se complace en torturar el corazón forjando las más pavorosas visiones.

La atribulada familia, al volver en sí de sus tétricas cavilaciones y comentarios, se vió sorprendida por las tinieblas caóticas de la noche, con todas sus fantasmagorías. Sobrecogida de

terror, se refugió en una de las habitaciones, cuyas débiles puertas de yagua cerraron y afianzaron con todo el cuidado y las precauciones que pudieron imaginar.

El ajuar de esa habitación estaba en perfecta harmonía con el que había en toda la choza: dos desvencijados sillones, algunos cajones que guardaban los restos de pasadas grandezas y servían á la vez de muebles para distintos usos; arrimados á un rincón dos *catres* abiertos, que por raro contraste cubrían blancas y límpias sábanas, y de las vigas transversales del techo pendían algunas hamacas cuidadosamente enrolladas.

Aquella habitación y aquel ajuar denotaban la pobreza que soportan tranquilamente y hasta con cierta satisfacción nuestros campesinos ó los que están habituado á ella; pero para aquella culta y delicada familia, acostumbrada á otro género de vida completamente distinto, á las comodidades, al bienestar y lujo relativo que le permitía la buena posición que había disfrutado

en la sociedad; aquello no era la pobreza que se sobrelleva con paciencia, sino la miseria en toda su desnudez, horrible, insoportable, que arrastra á resoluciones desesperadas, si una estóica fé y resignación cristiana no fortalecen las debilidades del corazón ó aplacan las rebeliones del instinto.

Esa noche encendieron en medio de la habitación una gran hoguera y algunas de las velas que les había regalado Acosta. Su objeto era princi palmente que la intensa claridad producida por la hoguera y las luces, iluminando los alrededores del *rancho* á través de los delgados tabiques, pusiera á cubierto de sorpresas y emboscadas á los familiares ausentes, si acaso andaban por allí.

En una de las camas fueron acostados, rendidos de sueño, los niños Alejandro y Juanita; en la otra yacía la pequeña Adriana, preciosa niña de 12 años, envuelta de los pies á la cabeza con un montón de ropas, buscando vanamente el calor suficiente que calmara los escalofrios y vio·

lentos temblores tercianarios que la hacían padecer horriblemente.

Mercedes y Juana, sentadas en el borde de la cama, rezaban en voz baja y procuraban contentar á la pobre niña. Junto al fuego, echados en el suelo, los niños mayores Melchor y Alberto, que era el unico que mostraba algún valor y serenidad en tan crítica situación.

La desmantelada estancia ofrecía, á la rojiza luz de la hoguera, un aspecto tétrico, que hacía más solemne y triste, la inmovilidad extática de sus moradores y el ruido confuso y monótono producido por el chillido desapacible de los grillos, el chisporroteo de la leña, el murmullo de las que rezaban y los lamentos contenidos de la niña enferma.

Las horas, los minutos, que eran contados materialmente, pasaban con desesperante lentitud para aquellos infelices, que se presentían entre la vida y la muerte.

Esa cruel angustia que siente el condenado á muerte en la fatídica capilla no es comparable

con el martirio que sufrían las acongojadas Sras., porque aquél, culpable ó inocente, sabe hasta donde llega su desgracia, y juzgándola irremediable, inevitable, encuentra en su alma la energía ó la resignación necesaria para soportar su fatal fin; mientras que éstas luchaban con lo desconocido, fluctuando entre risueña esperanza ó funesto agüero, y aguijoneadas por tan encontrados sentimientos, dirigían ávidas miradas hacia el oscuro techo, escudriñando por entre sus hendiduras la ténue luz áurea del nuevo día que había de devolverlas la tranquilidad, ó pasaban su vista, febril, anhelante y espantada por su rededor, con el oido atento al más imperceptible ruido, como buscando ó previendo la inopinada y traidora presencia de desalmada turba de asesinos.

La incertidumbre es más cruel, hace sufrir más, que el mismo mal que se teme; porque ante la incontrastable realidad fenece la esperanza, se abaten y anonadan todas las fuerzas impulsoras de la voluntad; y el hombre, como león

encadenado, se entrega resignado al destino; mientras que ante lo desconocido resplandece la esperanza, y la razón, el instinto y todos los sentidos impulsan la voluntad á su realización, en lucha desesperada contra el destino adverso que amenaza aplastarlo traidoramente, anulando sus medios de defensa.

La Muerte, ántes de consumar su horrible misión, previene más ó ménos piadosamente á su víctima; del mismo modo que el boa, antes de tragarse á la inerme oveja, la adormece con su asquerosa baba.

Pero el brazo de Caín hiere como el rayo y devora como la hiena, con alevosía y saña implacable!

El hombre tiene la supremacía sobre todos los seres creados: ¡HASTA EN LA FEROCIDAD!.......

Las áncias producidas por tan horribles presentimientos llegaron á tomar proporciones de una desesperación violenta é irresistible, que impulsaba á abrir las puertas y salir despavórido para determinar á los ocultos asesinos á

que concluyeran de una vez su obra, cuando á la media noche se oyó clara é indistintamente un concierto infernal de cornetas que tocaban algo así como una marcha fúnebre, (*) cuyo significado ninguno podía explicarse.

Al toque de las cornetas sucedió el ruido tumultuoso é imponente de una multitud que gritaba y corría, choques de armas, relinchos y mugidos de animales y, á intérvalos, nuevos toques de corneta. El ruido fué gradualmente alejándose y apagándose hasta restablecer la tranquilidad y silencio normal.

—¿Qué será? ¿Habrá llegado la hora ó estaremos salvadas?, se decían entre temerosas y esperanzadas las dos señoras.

Poco duró su incertidumbre, porque casi al instante sintieron dos fuertes golpes que medio desencajaron la débil puerta.

La escena que se produjo en la estancia fué espantosa.

Levantáronse todos aterrados, contenien-

(*) La diana.

do sus gritos de espanto; agrupáronse en el rincón opuesto á la puerta amenazada, y con las manos enlazadas sobre el anheloso pecho y los ojos clavados en el Cielo, imploraban su socorro. Hubieran podido salir por la puerta que daba acceso al comedor; pero en su aturdimiento no se les ocurrió, ó tal vez pensaron que estaban rodeados por todas partes, como era muy posible.

Redoblaron los golpes con más furia, y una voz cavernosa gritó:

—Abrid, ó prendemos fuego al *rancho*.

Pero no dieron tiempo para hacerlo (si hacerlo hubieran podido aquellos seres petrificados por el terror), porque con las culatas de sus fusiles hicieron saltar la puerta, y entraron con cierto recelo y arma al brazo, como temerosos de encontrar la fuerza con la fuerza, dos hombres, cuyo origen y condición se advertía á primera vista por su repulsiva y siniestra catadura.

Uno era alto y flaco; su cara larga, huesuda

y desprovista de barba, adornada por una nariz puntiaguda como pico de ave de rapiña y por unos ojazos penetrantes, de siniestro brillo, ocultos en las cavernas profundísimas de sus órbitas, tenía el aspecto de una horrible calavera cubierta por una piel morena, rugosa y picarazada de viruelas. El otro, en fiel contraste, era grueso y de baja estatura. Su fisonomía se perdía entre la melena enmarañada de su enorme cabeza y de su negra barba, escesivamente larga y copiosa, que le caía hasta la cintura.

¡La hiena y el oso!

Vestían igualmente el uniforme de los soldados españoles: chaquetilla y pantalón de dril rayadillo azul, descolorido por el uso y la suciedad; sombrero de panamá de anchas alas, adornado á la izquierda con la escarapela enemiga y un barbiquejo de charol que les caía por debajo de la nariz. Completando el trage un ancho cinturón de cuero guarnecido de largas cápsulas y, pendiente del lado izquierdo, la bayoneta y el largo machete de media cinta.

Convencidos después de haber dirigido escudriñadoras miradas á su alrededor, de que no había quien pudiera impedir su cobardía, avanzaron hasta en medio de la estancia; descansaron sus armas, y en actitud amenazadora y despreciativa, dijeron:

—Buenas noches tengan sus *mereses*.—Con que no querían abrir, ¿eh? (*)

—Por Dios, *señores*; ¿qué se les ofrece?

—El Coronel nos ha mandado á ver si habían venido los *cabecillas*.

—Nos extraña mucho que su Jefe les haya encargado eso, cuando nos ofreció.......

—No hay que extrañar nada—replicó uno de ellos con grosería—por que con los *mambises* no hay que andarse con cumplidos.

—Voto á.....,¡oye!—vociferó el otro—vamos á quemarlas vivas y acabamos con esta maldita casta. Y uniendo la acción á la palabra, agarró un tizón encendido, dirigiéndose resueltamente

(*) Los diálogos son textuales.

á pegarlo al guano; pero su compañero, el bajo y barbudo, se abalanzó sobre él y quitándoselo, le dijo:

—Eh! aguarda......,y en voz baja se cambiaron algunas palabras.

—Donde están los *cabecillas?*, preguntó el largo, encarándose nuevamente con la familia.

—...

—No quieren responder, ¿eh?—Ya verán!, ya verán!, y la amenazó con la mano.

—Desde que se fueron no han vuelto é ignoramos donde se hallan, le respondieron.

—¡Ya! ¡ya! A ver', salgan todos callandito y despacio ahí fuera (al comedor); sentarse en el suelo, y al primero que grite ó se mueva,.....—dijo, desenvainando su machete y blandiéndolo con ademán terrible sobre las cabezas de aquellos indefensos.

Aterrorizados éstos, se recogieron y apretaron los unos con los otros, y silenciosamente, á paso lento y automático, se dirigieron al comedor.

Les precedía el gordo y barbudo, que cogió una vela y la pegó en uno de los cantos de la mesa que había en el centro del reducido local.

La familia se acurrucó en el rincón que mediaba entre la puerta principal del *rancho* y la que comunicaba con la habitación de donde habían salido.

Se hallaban colocados en el órden siguiente: en primera linea los niños Alberto, Melchor y *Anguito* (*), detrás las señoras, Mercedes y Juana, en cuyas rodillas estaban sentados los dos últimos; Adriana, cuya enfermedad le imposibilitaba de estar sentada en el suelo, fué colocada por las señoras en un banco próximo, y por último, Juanita, la criaturita de dos años, que no se dió cuenta de lo que pasaba, quedó en su cuna entregada á su pacífico y venturoso sueño de ángel.

Frente por frente, como á dos pasos de distancia, se destacaba sobre el negro fondo de la puerta, la sañuda figura de uno de los mise-

(*) [á] de Alejandro.

rables—del barbudo—que con el machete en su diestra y el fusil en la otra, contemplaba impasible á sus víctimas; mientras que el otro, en el interior de la habitación, buscaba lo que había excitado su codicia, revolviéndolo todo, tirando y destrozando entre sacrílegas blasfemias lo que no le satisfacía.

Breves momentos después reapareció el miserable ladrón con unos bultos en las manos y, auxiliado por su cómplice, los colocó sobre la mesa.

Eran los cofres de las alhajas y una bolsa con algún dinero.

Vaciaron el contenido de ésta y de los cofres, y deslumbrados á la vista de tanto oro y piedras preciosas, que en la semi-oscuridad brillaban siniestramente, embriagados de codicia y como fieras hambrientas, empezaron desvergonzadamente á arrebatarse uno á otro las valiosas alhajas y el dinero.

—Esta, para tí.........

—No; esta para mí.........

—¡Quita allá!, esa es mía.........

Y así, entre disputas y mojicones y groseros ultrajes á sus víctimas, hicieron desaparecer todos los objetos; colocando cada uno el lote que pudo formar por la fuerza de sus uñas en dos cajas de lata, arrojando todas las demás que estaban vacías.

La vista de las joyas, lejos de saciarlos, excitó violentamente su codicia, y ¡pidieron más!

Todo el Potosí no los hubiera saciado!!

Sí; eso era una bicoca; *allá* decían que estos *perros mambises* tenían mucho oro y lo enterraban en *botijos* ó lo ocultaban en sus vestidos.

—Oigan—rugió el largo, con los ojos inflamados de codicia—si no quieren que las hagamos añicos, entréguennos los demás *sortijos* y *los dineros* que tienen escondidos ¡y al avío!

—No tenemos más—Esas son todas.—respondieron á un tiempo las señoras.

—Con que nó, ¿eh?, pues, ¡ea! levántense, que vamos á registrarlas.

—¡Oh!...nunca!...—replicaron con enérgica resolución las señoras.

Enfurecidas aquellas bestias feroces por la resistencia pasiva interpuesta á sus designios, se adelantaron y alargaron sus garras para separar á los niños; pero éstos, asidos fuertemente al cuello y á los vestidos de sus respectivas madres, gritando y llorando desaforadamente, impidieron á los bandidos conseguir su objeto.

El jóven Alberto, con resolución suprema y valor inaudito, se alzó iracundo y empujó á uno de los miserables..........

Las señoras con los niños en sus brazos trataron de incorporarse para huir.........

Locos de furor los miserables, retrocedieron lanzando rugidos y echando espumarajos de rabia por la boca; desenvainaron rápidamente sus machetes, y describiendo con ellos furiosos molinetes en el aire, con todo el impulso de su fuerza brutal, centiplicada por la rabia endemoniada de que estaban poseidos, los dejaron caer á un tiempo, como el rayo, sobre el jóven Alberto, que se desplomó sin lanzar un ¡ay!, partido

en pedazos; como el delicado tallo de la mies al contacto afilado de la hoz!!..............................

¿Es posible describir con todo su horrible colorido lo que entonces pasó?

—¡Oh! nó—Todo cuanto se dijera resultaría pálido, pequeño, mezquino, ante la monstruosa realidad; cuyo fúnebre recuerdo se agolpa con toda su horrible verdad en nuestra mente, comprimiendo cruelmente nuestro corazón, helando la sangre en nuestras venas y lanzando al desvarío nuestra razón conturbada!

El lenguaje humano no alcanza á describir exactamente la verdadera monstruosidad. Al ménos, nosotros nos consideramos incapaces para efectuarlo.

Darémos una idea. Harémos un bosquejo, que la imaginación y el sentimiento de cada uno sombreará y agrandará según su viveza, hasta formar algo que pueda asemejarse á la realidad.....

A la vista de aquella horrenda escena los infelices exhalaron al unísono ayes desgarradores,

que en eco estridente repercutieron largo rato por las oscuras bóvedas del *monte.*

Trataron de levantarse; pero el mutilado cuerpo del desgraciado niño desplomándose con violencia sobre ellos é inundándolos con su sangre, los petrificó é hizo rodar por tierra desvanecidos; ocurriendo el caso singular de quedar todos debajo de los sangrientos despojos, que palpitaban horrorosamente.

El pequeño Melchor, en la misma posición, pues se encontraba en brazos de su madre, quedó cubierto por el cuerpo y los vestidos de ésta, y en su cabeza, que sobresalía, descansaba la destrozada de su hermano.—*Anguito,* como más próximo á la puerta, se desprendió de los brazos de su madre y huyó precipitadamente. Adrianita, que como hemos dicho se hallaba reclinada en uno de los bancos, al querer levantarse, cayó al suelo privada del sentido. Y por último, Juanita, el tierno angelito á quien el destino deparó la peor suerte, lloraba y gritaba de-

desesperadamente desde su cama llamando á *Naná.*

Los empedernidos asesinos no perdieron un segundo.

—Pedro, coje á ése—rugió uno de ellos, al mismo tiempo que de un tremendo tajo hacía volar la preciosa cabeza de Adrianita! . . . .

El otro, para no perder su parte en el *inmundo festín,* volvió aceleradamente, blandiendo su machete que chorreaba sangre; y aunando ambos sus fuerzas, sus furias, sus maldades, sus abominaciones infernales, bajaban y subían, á bulto, con ímpetu formidable, sobre aquel montón de ropas, de sangre y de carne, una, dos tres, cien,.... ¡mil veces!, los aceros homicidas; que manaban sangre y relampagueaban y lanzaban chispas al chocar, como espadas de fuego! . . . . .

. . . ¡Y á cada golpe se conmovía violentamente el montón de seres humanos, lanzando roncos, apagados y contínuos ayes; suspiros profundos y prolongados del estertor de horrible agonía... y dominando el rumor de ayes y suspiros, las ri-

sotadas, las blasfemias y el *¡ham! ¡ham!* que, como rugidos de fieras, lanzaban por entre sus apretadas quijadas á cada golpe alevoso aquellos monstruos ¡vomitados del Infierno! ! ! . . . .

. . . .

Al fin, agotadas sus fuerzas—no su ferocidad—dejaron caer pesadamente sus brazos, dando resoplidos de cansancio y satisfacción.

¡Su horrenda obra no estaba terminada!

La masa informe de seres humanos seguía á sus plantas revolcándose con convulsiones horrorosas, y de su seno salía un *aah!*. . *aaah!*. . . . *¡aaaaah!* . . . apagado, profundo, sin solución de continuidad, como un eco de Ultratumba! . . . .

¡Allí había restos sangrientos de seres, cuyo espíritu había volado á Dios; cuerpos horriblemente mutilados, en los estertores de agonía, y otros, en fin, llenos de ¡tremendas heridas; pero vivos, y con las mortales angustias de la situación!

Aquello no fué una feroz é inícua matanza:

¡¡FUE UNA MONSTRUOSA CARNICERIA! !

Los redoblados y tremendos tajos de los energúmenos no mataban: ¡¡MUTILABAN!!. Lo contrario hubiera sido un átomo de piedad, que no cabe en las inmundas entrañas de la hiena!

¡Los monstruos contemplaron friamente su espantosa obra, mostrando perplejidad entre alejarse ó acabar de rematar á sus víctimas.

El barbudo levantó el brazo armado para dar el *golpe de gracia,* pero el otro se lo impidió.

¡Su instinto feroz le había inspirado el modo de refinar su barbarie!

Limpiaron sus ensangrentados machetes con algunos retazos limpios que quedaban de las ropas de las víctimas; recogieron sus armas y el fruto de su crimen; desprendieron las dos velas encendidas que había sobre la mesa y las aplicaron, primero á las pencas de guano que caían del alero del *rancho,* y á medida que iban retrocediendo para salir por la puerta del fondo, á las yaguas que formaban los tabiques y á toda materia combustible que encontraban al alcance de sus manos. Uno de ellos prendió los vesti—

dos de las víctimas—¡de los moribundos!..........

Atizaban el fuego, no para borrar las huellas del crimen, sino para refinar su crueldad, quemando vivas á sus víctimas!

El guano, que arde como la pólvora, les favoreció en sus depravados propósitos con más rapidez de lo que acaso esperaban, pues antes de llegar al otro *rancho*, donde estaba la cocina, arrojaron los cabos de velas y huyeron á escape, temerosos sin duda de ser presa de las llamas.

Espesas y negras nubes de humo, que brotaban á bocanadas de todas partes, llenaron el interior del *rancho*, y empujadas por violentas y fugaces lenguas de fuego, iban saliendo por las puertas y aberturas, para concentrarse y elevarse por el espacio, destacándose sobre el oscuro firmamento como inmensa espiral blanquecina

En un instante el terrible elemento resplandeció sobre la compacta humareda, se extendió y propagó rápidamente, tomándo al contacto del aire violentas proporciones; las llamas, con estrépito pavoroso, salían en impetuoso tropel

elevándose, encogiéndose y retorciéndose furiosamente, como huyendo horrorizadas del espectáculo inaudito que se ofrecía en sus entrañas...

Los sangrientos y hacinados restos humanos, al contacto del fuego, gemían y se revolcaban, entre convulsiones horribles..............................

La masa informe de carne humana, agitóse más violentamente......... se abrió en dos, y de su seno, como un espectro, surgió un pequeño ser chorreando sangre de la cabeza á los piés.... Permaneció inmóvil un instante—un siglo en tan crítica situación;—llevóse ambas manos á los ojos arrancándose los coágulos de sangre que le impedían ver; extendió luego su vista asombrada ante el espantoso cuadro..................

¿Qué hacía? ¿Por qué no se movía?

Ah!: era que no se explicaba lo que pasaba en derredor suyo, lo que veían sus ojos. Se creía bajo la influencia de una horrible pesadilla.

Como en sueño, sin poder gritar ni moverse, había presenciado el espantoso drama.

Despertaba de un profundo letargo.................

Salía de la tumba!...... El Dios de la justicia le había tocado con su dedo, gritándole como á Lázaro: "*¡levántate,! y atestigua con tu anatema la impiedad humana,...*" ¡¡y había resucitado!!....

Todo aquello era extraño, estupendo, incomprensible para él, que ni aún de su existencia se daba cuenta.

Al verse en medio de tanta desolación, de tanto estrago y horror, quedó por un momento petrificado.

Mudo de terror, con el cuerpo tembloroso y empapado en helado sudor, apretábase las sienes con sus crispadas manos, y dirigía angustiadas miradas en su rededor. El estrépito del fuego, los ensangrentados cadáveres, el clamor de los que morían á sus piés, le erizaban el pelo y hacían rechinar sus dientes Los vapores asfixiantes de aquel mar de sangre, lo ahogaban....

Si un rayo de luz no hubiese iluminado prontamente su inteligencia, habría sucumbido asfixiado. quemado, horrorizado.

Comprendió, al fin, aunque débil y confusa

mente, como le permitía su trastornado espíritu: los ladrones! los asesinos!, la muerte de Alberto.......se decía, recordando.

El instinto le impulsó á huir despavorido; pero sus entumecidos miembros apenas si le permitieron arrastrarse por encima de los cadáveres y de los moribundos y avanzar, encorvado, á gatas, resguardándose de las llamas que amenazaban envolverlo, hasta ganar la puerta. Adelantóse, andando siempre á gatas, tres ó cuatro varas, hasta donde le cerró el paso un bulto, el cuerpo de otro niño, como de su misma edad, que se hallaba tendido boca abajo con la cabeza oculta entre los brazos enlazados sobre la nuca.

No necesitó verle el rostro para saber que era *Anguito*, su primo, su hermano, su amigo y compañero inseparable, de juegos, y travesuras.

Al momento ideó, que aquél también se había salvado, y estaba allí haciéndose el muerto para engañar á los asesinos, que podían estar cerca. Siguiendo su ejemplo, se echó junto á él

volviéndole la espalda; y de cara al fuego, al peligro, quedóse inmóvil.

¡Reanimábale la idea de que no estaba solo!...

Empapado en frío sudor, con los dientes apretados y los ojos desencajados, miraba el horrendo espectáculo. Estaba situado frente por frente al comedor y podía divisar demasiado perfectamente los menores detalles de la catástrofe.

Del *rancho,* cuyo techo se asemejaba á una inmensa cucuyera dorada llena de fuego, salían lastimeros quejidos, suspiros estetóricos y gritos estridentes. Una vocecita que le era muy conocida gritaba desesperadamente: ¡*nánaa*! *nánaaaa*!............

El fuego consumía lentamente los vestidos de los infelices!.........Redoblaron los ayes de angustia y de desesperación!........De súbito, como una exhalación, apareció rodando, saltando y rebotando una bola de fuego, de cuyo seno partían lastimeros quejidos......corrió de un lado para el otro y desapareció!........Después reinó un silencio sepulcral.........

¡Era la pequeña Juanita, el angelito de dos años! .....Había quedado en su cuna y despertada por los primeros gritos, empezó á llamar á su mamá, que no le podía responder; sorprendida por el fuego, espantada, cegada ó asfixiada por el humo, tardó en salir de la habitación y fué envuelta por las llamas.

¡¡¡MURIÓ QUEMADA VIVA!!!

....

....

*
* *

Parecía que hasta entonces un sentimiento de conmiseración había contenido al terrible elemento, que, á los postreros ayes de la tierna víctima, se desató rugiente y amenazador, tomando proporciones tremendas. Las llamas, azotando con furia las cercanas ramas de los árboles que se inclinaban marchitas á su contacto, se empinaban, ayudadas las unas por las otras, á inconmensurable altura, como queriendo escalar los cielos para pedir venganza de tan atróz barbarie; ó bajábanse impetuosas, arrasando cuanto

encontraban á su paso, para extenderse, como torrente de lava, por el suelo, que mordían y rasgaban con furor, dejando al rás la tierra maldita que hollara la impiedad.......

Los palos y bejucos que formaban la armazón del *rancho*, desprovistos de su ropaje de guano y yagua, calcinados por el fuego, empezaron á descender, crugiendo y estallando como nutrida descarga de fusilería. La armazón, falta de apoyo, se bambaleó, y como aplastada por fuerza poderosa, se derrumbó de repente con estrépito formidable; aventáronse las cenizas, se sofocaron las llamas, y la hecatombe quedó convertida en un montón de brasas.

Lo que llevamos referido ocurrió en menos tiempo del que hemos empleado en relatarlo. Entre el primer tajo de los asesinos y el desplome del *rancho* consumido por el fuego, apenas si tanscurrieron algunos minutos.

¡Todo fué instantáneo y simultáneamente!

Al bramido imponente del fuego y á la intensa claridad de las llamas sucedió una oscuridad

profunda y el silencio de la muerte.

De tanta sangre, de tanto estrago, no quedaba más que un montón de cenizas!

Hay atrocidades que no pueden permanecer á la faz del Universo!

El fuego se encargó de borrar los detalles horribles de la monstruosa hecatombe, y con ellos, las huellas del crimen!

Pero la Providencia en su inmensa justicia no podía permitir que aquel hecho abominable permaneciera oculto ó incomprensible para el mundo, cuya justicia necesitaba poner á prueba, y arrancó de las garras de los monstruos á una de sus víctimas.

En sus inescrutables designios escogió como testigo y prueba irrecusable á un niño que, por efecto mismo de su debilidad é inocencia, petrificado de terror y dominado por el instinto de conservación, pudiera resistir á tantas y tan terribles emociones.

Un hombre, en la plenitud de la vida y la conciencia de la piedad y del dolor, hubiera

muerto irremisiblemente, ahogado por las emociones, por el sufrimiento, ó de desesperación.

Melchor—que así se llama el niño salvado—continuaba echado al lado de su primo.

Quien sabe, ni podría definir lo que ese niño sufrió en aquellos terribles momentos?

Solo Dios que lo sostenía.

—Todo ha concluido, ¿qué hacemos aquí?, se preguntó.

La profunda oscuridad que reinaba era propicia para huir. Cautelosamente se volvió hacia su primo, cuya inmovilidad le inquietaba; le pasó una mano por la espalda; lo movió dulcemente, y en voz casi imperceptible, lo llamó:

—¡*Anguito, Anguito*!, vamos, le dijo.

Viendo que no le respondía, horrible sospecha cruzó por su mente:—estará muerto?......pensó.

Se incorporó, lo llamó y movió con más fuerza. Introdujo una mano por entre los apretados brazos que ocultaban la cabeza de su primo para palparle la cara; pero en vez del cutis terso

y suave de ésta, topó con algo como una pelota blanda, viscosa y fría que le paró los pelos de punta!........

Levantóse electrizado, dió un grito y huyó despavorido, frenético, internándose en el monte; y en su vertiginosa carrera fué á dar fuertemente con su frente en un grueso tronco, cayendo al suelo privado del sentido.

¡Su primo, al que creía vivo, ESTABA DEGOLLADO!

La idea de que había permanecido y estaba allí sólo completamente, rodeado de tanta sangre, de tanta desolación y horror, le produjo, si cabe, mayor espanto que cuando se vió enmedio de las llamas.

Le pareció en aquel terrible instante que los muertos se levantaban admirados de que él sólo se hubiese salvado y le corrían detrás para sepultarlo entre los escombros............

Sin la coincidencia providencial de haberse dado el golpe que lo privó del sentido, seguramente que hubiera muerto de terror.

Tendido en el suelo, como muerto, permaneció horas y horas, hasta que muy avanzado el día los abrasadores rayos del sol, dándole en la cara, lo despertaron.

Durante el letargo se habían reproducido en su mente todas las escenas del espantoso drama: con la sola diferencia de que los asesinos, para que no se volviera á escapar, le habían aserrado la cabeza; por lo que sentía en ella insoportables dolores.

Sin embargo, el tránsito entre el sueño y la realidad fué terrible.

Al verse tinto en sangre, un estremecimiento de horror conmovió todo su ser; quiso levantarse, pero no pudo, por los agudos dolores que le produjeron las magulladuras y heridas que tenía en todo el cuerpo. Resistiendo el dolor, poco á poco y con muchas precauciones, logró sentarse, apoyando su espalda contra el tronco de un árbol. Allí permaneció largas horas con la cabeza inclinada sobre el pecho, aterrido por su desolación, recordando la luctuosa noche, pa-

pando y contando sus golpes y heridas; contemplando su ensangrentado cuerpo: ¡la sangre de su idolatrada madre, de sus hermanitos, la suya propia!, y dominados su terror y sus dolores por la piedad y la ternura, inmensa pena invadió su corazón, deshaciéndose en amargo llanto!

No podemos seguir á ese niño paso á paso en sus dolorosas reminiscencias, en sus angustias y sufrimientos cruelísimos, porque alargaría demasiado nuestro relato.

Nuestro corazón está ya agobiado por el peso de tantos recuerdos dolorosos, y nuestra pluma flaquea y se resiste á continuar trazando tantos horrores, como el fogoso potro desbocado se detiene vacilante y rendido, después de haber salvado el abismo por un esfuerzo poderoso!

Queremos abreviar.

Dos dias pasó el niño en aquella tristísima situación; errante por el monte, delirante de angustia, desfallecido por los dolores y el cansancio, desesperado de hambre y sed.

El Cielo apiadado de sus sufrimientos, lo con

lejos hacia una laguna que había próxima al *rancho*. Allí pudo orientarse, y después de haber aplacado su sed y comido algunas hojas, se encaminó con paso tardío é inseguro al lugar del suceso ....
....

Tomó luego una *vereda* que conducía á un *rancho* que había por allí cerca, el cual le era conocido, porque vivió en él un tal Padilla y su familia, la que, á la llegada de la tropa española, tuvo la suerte de poder huir. Allí, por casualidad, se encontró con un moreno, quien sorprendido al principio, lo tomó por una aparición y huyó; pero volvió en seguida, lo cogió en sus brazos, se informó de cómo se había salvado, lo consoló y le dió para aplacar su hambre un trozo de calabaza asada, y le ofreció llevarlo por la noche con su padre.

La idea de volver á ver á su padre, reanimó al niño, que lloró, suplicó é insistió tanto, que el moreno, compadecido, decidió ponerse en camino inmediatamente

Esa misma mañana llegaron á la finca "El Chorrillo," donde se encontraba el desventurado padre.

. . . .

. . . .



IV.

Como en aquellas plazas sitiadas resueltas á sucumbir heróicamente antes que rendirse, se extraían los ancianos, las mujeres y los niños, entregándolos á la hidalguía y generosidad del enemigo vencedor; los insurrectos cubanos, cuando se les sorprendía en sus campamentos ó refugios y no se hallaban en condiciones de resistir, se retiraban dejando en ellos sus mujeres y sus hijos confiados á la hidalguía de sus enemigos. Sin las brutales excepciones que establecieron el sanguinario Valmaseda y otros de

sus secuaces y de su ralea, pudiera decirse que siempre las tropas españolas respetaron á las mujeres y los niños, limitándose á llevarlos á la ciudad.

Siguiendo ese sistema, Melchor y sus dos compañeros, al ser sorprendidos tan repentinamente por la Columna española, imposibilitados de toda defensa y sin tiempo para huir con toda la familia, abandonaron el *rancho* sólos y con el propósito de quedarse emboscados por el monte para estar al tanto de lo que ocurriese; pero las vacilaciones y resistencia que opuso aquél antes de decidirse motivaron, que los primeros soldados que llegaron los divisasen al internarse en el monte y corrieran en su seguimiento logrando salvarse por milagro, de la persecución y el tiroteo constante que se les hizo, en un trayecto de más de una legua.

Los fugitivos pasaron la noche en medio de un monte llenos de ansiedad y desesperación. Los acompañantes de Melchor tuvieron que hacer grandes esfuerzos para impedir que realiza-

ra su intento de volver á los montes de "Lízazo" y acercarse al *rancho*; lo cual estimaban ellos como una imprudencia temeraria, suponiendo que estaría allí la tropa.

Pero al amanecer fué imposible contenerlo, y se pusieron los tres en camino para "Lízaro", decididos á arrostrar todos los peligros y las consecuencias de la imprudencia que creían cometer.

Tenían casi la seguridad de que si la tropa se había marchado, se habría llevado á la familia, quemando el *rancho*, como sucedía por regla general; de modo, que al divisar á lo lejos por entre los árboles del monte los escombros humeantes, no les sorprendió; si bien afligió profundamente al desventurado esposo y padre, que pensó en el largo tiempo que estaría separado de su familia sin saber de su suerte!

Acercáronse con el propósito de examinar las ruinas, buscar un recuerdo ó algún aviso dejado intencionalmente y queriendo descubrir en el estado de las cosas y hasta en los zurcos de

la tierra los menores detalles de lo que había ocurrido en su ausencia.

Quintana iba delante, dando vuelta á las ruinas, y al encontrarse con las huellas de la horrible realidad, retrocedió espantado, horrorizado; pero contúvose al instante y procuró apartar de allí al desgraciado Melchor; pero éste, que oyó su exclamación y advirtió su violento movimiento y la palidez cadavérica de su rostro, comprendió que algo grave había visto, y concibiendo la sospecha de una desgracia que se le quería ocultar, se desprendió de los brazos que le sugetaban, abalanzóse hacia el sitio de donde se había apartado aquél,......se aproximó,....... retrocedió,.......volvió á avanzar, se inclinó más y más hasta caer de rodillas, prorumpiendo en desgarradoras exclamaciones, y con sus crispadas manos palpaba, como para convencerse del tremendo cuadro que se ofrecía á sus desencajados ojos, el montón de cadáveres mutilados, chamuscados y carbonizados!....... .Erizáronse sus encanecidos cabellos; su rostro se cubrió de mor-

tal palidez; menudas gotas de sudor frío caían de su frente, su cuerpo temblaba horriblemente, y vencido por la inmensidad de su desgracia, alzó sus brazos abiertos y fijando sus ojos en el Cielo exclamó: ¡Dios mío!,.....y se desplomó como herido por el rayo, sobre los sangrientos y calcinados restos de sus hijos, de su esposa, de su hermana.......... .

La desgracia, las grandes desgracias, que trazan al hombre nuevos rumbos en la vida, cuando embiten á un corazón fuerte, valeroso y enérgico, lejos de dominarlo y abatirlo, lo enfurece y arrastra á resoluciones supremas ó á la más violenta desesperación; pero cuando se desploman sobre un corazón débil, lo anonada, lo aplana y tritura sin misericordia.

El amante esposo, el tiernísimo padre, el hombre bueno por excelencia, ante la tremenda é irreparable desgracia que cayó sobre su corazón como una maza enorme de plomo, quedó anonadado.

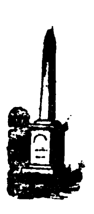
Los compañeros pasado el primer momento

de estupor que les produjo la desgarradora escena, corrieron en su auxilio y trataron de levantarlo; pero Melchor se irguió impetuoso y rígido, alzó su rostro lívido y descompuesto; dirigió su espantada vista á los que le rodeaban y señalándoles el montón de cadáveres, lanzó una de esas estridentes y lúgubres carcajadas que hielan la sangre en las venas...........................

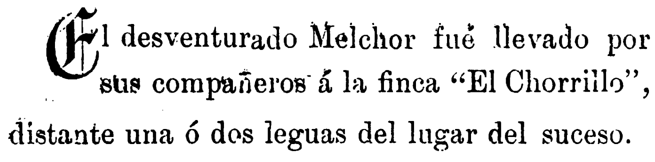
¡¡ESTABA LOCO!!

....

....



V



El desventurado Melchor fué llevado por sus compañeros á la finca "El Chorrillo", distante una ó dos leguas del lugar del suceso.

Algunos amigos y conocidos al recibir la infausta noticia acudieron prontamente á convencerse de la increible realidad y á prestar sus servicios al doliente.

La llegada del moreno con el niño superviviente causó extraordinario asombro á los que se encontraban en la finca acompañando al padre. Ansiósos de saber cómo se había salvado y

conocer los detalles del crimen, corrieron á su encuentro, y en voz baja lo acosaron á preguntas, las que el niño satisfizo con dificultad y visible disgusto, por efecto del cansancio y el embotamiento de su espíritu.

Encontrábanse allí acompañando á Melchor, Padilla, el convecino de "Lázaro", un moreno y los jóvenes hijos de Juana nombrados Vicente y Miguel Angel, que debían su salvación á la casualidad de hallarse ausentes cuando la tropa española asaltó el *rancho*.

Quintana, Lopez Queralta y dos individuos más habían salido esa misma mañana en dirección á "Lázaro" para cumplir la triste misión de dar sepultura á los cadáveres; lo cual verificaron, pero perseguidos por una guerrilla española, no pudieron volver á reunirse con Melchor (*)

Padilla, como más á propósito, se encargó de

(*) D. Antonio I. Quintana, vive actualmente en New-York, y él mismo nos ha dicho, hablando de estos penosos sucesos, que á los pocos días se embarcó en un bote para Nassau y de allí pasó á New-York.

prevenir á Melchor de la inesperada nueva, y pocos momentos después se encontraban padre é hijo en brazos el uno del otro, produciéndose las más desgarradoras escenas.

Pero la vista del hijo salvado, que le traía así como el postrer "adios" de los otros, no constituía más que un efímero alivio para aquel corazón despedazado.

Era una dedada de miel en un océano de amargura!

Se engañaron todos al creer que la aparición del hijo salvaría al padre.

Nada preguntó ni quiso saber. ¿Qué le importaban los detalles, si el hecho en sí, puesto brutalmente ante sus ojos, había colmado su dolor?

Se piden detalles de la desgracia que hiere, para sentirla más, para excitar y acrecentar nuestro sentimiento. El suyo era ya tan grande, tan verdadero; estaba tan desgarrado su corazón, que el dolor se había personificado en él!

Cuando le presentaron á su hijo,—¡el hijo más

querido hasta entonces!—se incorporó en su lecho con la inconsciencia y rigidez con que se levantaría de su tumba un muerto, y prorrumpiendo en profundos sollozos, lo rodeó con sus brazos apretándolo delirante y frenético casi hasta ahogarlo. Besó religiosamente sus vestidos ensangrentados; lo separó luego bruscamente de su pecho, y mirándolo de hito en hito con espantados los ojos, le dijo en tono misterioso é indicándole con el dedo que callara:

—¡*Chist*!.....á mamá.....á Adrianita!....,y se pasó rápidamente la mano por el cuello, como indicando que habían sido degolladas.

Agostadas sus fuerzas, cayó rendido, sobre su humilde lecho, tomando una actitud rígida. Así, con las manos entrelazadas sobre el pecho, los hundidos ojos clavados en el techo, absorto en sus ideas y cavilaciones crueles, indiferente á todo lo que en su rededor pasaba, reía nerviosamente murmurando palabras ininteligibles.

Para aquel inmenso pesar no había consuelo en el mundo!

Era un ser consumido por el dolor, sin fuerzas, sin voluntad, sin inteligencia; sostenido por un capricho de la naturaleza. Su alma, desgarrada, iba alejándose del mundo para ella maldito, y su cuerpo, estenuado. se inclinaba hacia la tumba!

No sabemos quienes sean más dignos de conmiseración, si los desgraciados que cayeron bajo el acero homicida, ó el desventurado que tan hondamente sufrió. Aquéllos fueron víctimas de unas bestias feroces, éste lo fué de su piedad, de su ternura!..........

....

La noche anterior habían acordado llevar al desgraciado Melchor al lado de sus hermanos Teresa y Carlos que se encontraban en la finca nombrada "Los Chincheros" como á cinco leguas de "El Chorrillo"; en la esperanza de que el acendrado cariño y los solícitos cuidados de la familia prolongarían su vida y llevarían á su alma adolorida algún alivio.

Al efecto, ya habían conseguido unos caballos

y estaba todo dispuesto para marchar esa misma mañana; pero la tardanza de Quintana y la llegada inesperada del niño, demoraron la salida.

Almorzaron unas viandas—¡hacía cuatro dias que no comían otra cosa!—lavaron el cuerpo llagado y ensangrentado del niño; le pusieron unas cataplasmas de ceniza y hojas machacadas en la herida de la cabeza que era tremenda y que por estar además congestionado, le hacía sufrir horriblemente, y quedó todo listo para partir.

Penosa fué la tarea de levantar y trasladar el casi inanimado cuerpo de Melchor, á quien para que se dejara conducir y se esforzara por tenerse en el caballo hubo que decirle en el tono misterioso que él empleaba.

—Vamos allá.......

Y él comprendiendo, se irguió sobre el caballo diciendo:

—Sí, sí; vamos.

Previendo que se pudiera caer, le sugetaron

las piernas á la silla y su caballo fué atado á la cola del que montaba Padilla.

Sobre el medio día se puso en marcha la triste comitiva con rumbo á "Lázaro", donde á ruegos de Melchor se detuvieron un momento para orar por los seres queridos que quedaban allí sepultados, tomando después el camino real de Morón, que los había de conducir á "Los Chincheros."

Pero parece que la adversidad no se cansaba de azotar á aquel desgraciado; porque á los pocos pasos, al llegar á un recodo que hace el camino, de donde toma el lugar el nombre de "La Ceja de Lázaro," divisaron á lo lejos una inmensa polvareda que rápidamente fué aclareándose hasta destacarse una multitud de ginetes armados que avanzaban al galope.

El guía se detuvo, y en la duda de si sería fuerza cubana ó enemiga, se quitó el sombrero y lo agitó de revés sobre su cabeza, gritando con todas las fuerzas de sus pulmones:

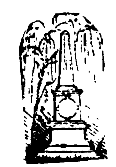
—Quién vive?.....

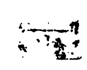
Una formidable descarga fué la respuesta que obtuvo.

—La tropa! la tropa!, exclamó Padilla, lanzándose hacia el monte, seguido de los otros y llevando en pos el caballo en que iba Melchor, exánime.

Y así fué el desgraciado, corriendo, volando, arrastrado por el destino y perseguido por el infortunio, para caer aniquilado por el dolor en los brazos de sus amantísimos hermanos; y sin quejas ni violencias, ni escenas tormentosas, con la resignación del justo y la santidad del mártir, exhaló su espíritu, que voló al cielo para pedir al Dios justo, al Dios misericordioso, una reparación á su inmensa desventura terrenal, un premio á su virtud, como esposo, como padre y como cubano!.....

¡Descanse en paz el patriota mártir!







VI

Los niños Miguel y Melchor que, por no saber dirigir el caballo por entre el monte, se escondieron en unos matorrales, fueron recogidos por la tropa.

La mano de Dios se evidenciaba en este hecho, porque el pequeño Melchor, salvado milagrosamente de la horrible matanza, tenía que llenar su misión, y no era esta ciertamente llorar al lado de su padre, ni andar errante por los campos, sino presentarse inmediatamente ante el mundo y con el influjo de su inocencia y el

testimonio irrecusable de sus abiertas heridas y sus vestidos tintos en la sangre de las víctimas, referir á los hombres el monstruoso hecho y señalarle los culpables para que se hiciese justicia en nombre de la humanidad.

La fuerza enemiga componíase de un Batallón de infantería veterana, cuya historia guarda raro contraste con otros tristemente célebres. Esos eran los que sabían vencer en *Guásimas* y sabían morir en *Palo Seco*; en franco y leal combate, sin saña, encono ni bajezas.

De su Jefe Chinchilla, nuestra imparcialidad nos mueve á decir como su mejor apología que no contaminado por la atmósfera de infamia y vilezas que reinaba, siempre buscó la gloria y engrandecimiento de su patria y la suya propia exclusivamente en los campos de batalla. Es uno de aquellos cuyas manos están limpias de infamias y de sangre inocente.

Cuando le presentaron á los dos pequeños prisioneros deploró haberlos separado, aunque in-

voluntariamente, de sus padres, que supuso eran los que se habían internado en el monte.

Con halagos y cariñosas demostraciones venció la aflicción y espanto de los niños y pudo enterarse de todo lo relativo á su familia, así como de la terrible historia que veía comprobada con las heridas y sangrientas ropas del más pequeño.

El relato que le hizo éste del crimen, le conmovió profundamente y no ocultó á los que le rodeaban su indignación y disgusto de que tal monstruosidad hubiese sido cometida por soldados españoles y sobre todo que apareciera complicado Acosta, con quien le unía estrecha amistad y los vínculos de parentesco.

Vistió al niño herido con una de sus camisas, mientras se le conseguía otras ropas, y en tanto que el médico del Batallón le practicaba la primera cura, fué con algunos oficiales á examinar el lugar del hecho.

Por la tarde emprendió de nuevo su marcha la Columna en dirección á "La Guanaja".

Como los primeros dias se mostraban los niños algo tristes y recelosos, el Brigadier procuraba contentarlos y muchas veces les decía:

—"No temais, pobrecillos, que á esos misera-"bles los encontraremos y se les castigará como "merecen. En mí y en cada uno de mis soldados "teneis hoy un padre; ellos aman á los niños y "nunca los matan." (Textual.)

En efecto, los pobres niños fueron tratados con tanto cariño por todos, que los soldados se disputaban el llevarlos á cuesta sobre sus hombros, cuando se cansaban de ir en las carretas del convoy. En las acampadas se reunían por pelotones y pedían al pequeño Melchor que les refiriera el hecho, y era de verse á algunos de aquellos rudos hombres llorando como niños y á otros más impetuosos que se levantaban irritados agitando los puños en el aire, sin querer oir más. Formaban recolectas entre ellos, y llevando de la mano á los niños, entregaban el producto á su Jefe, que, conmovido, les daba las

gracias en nombre de los huérfanos y los felicitaba por su bella acción.

En la "Guanaja" se quedaron acampados aquellos buenos soldados, y el Brigadier Chinchilla con algunos oficiales y los niños se embarcaron en un cañonero para Nuevitas, pasando después al Camagüey.

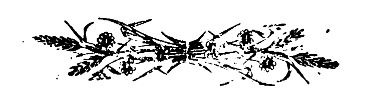
Su viaje tenía por objeto dar cuenta al Gobierno del horrendo crimen y pedir su esclarecimiento, porque, como públicamente decía este digno Jefe: *el honor del Ejército y de España estaban empeñados en él.*

El mismo día de su llegada, sin tomarse un momento de reposo, llevó los niños á presencia del Gobernador militar de la Plaza á quien refirió el hecho, reclamando con energía su inmediato esclarecimiento y el condigno castigo de los culpables. Ambos acordaron pedir esplicaciones á Acosta que se encontraba en "Ciego de Avila" y entregar los huérfanos á sus familiares.

De éstos sólo se encontraban en la ciudad dos

tias y su anciana abuela, porque los miembros de aquella numerosa familia, que tan unánimemente había correspondido á la causa de la Pátria, arrastrados por el vendaval de la Revolución, se hallaban en su mayoría en el campo insurrecto, muchos habían muerto y otros sufrían en el destierro ó en las cárceles.

Accediendo á indicaciones que algunos amigos de la familia le hicieron, Chinchilla entregó los niños á sus tías, y éstas temiendo que la horrible noticia matara de dolor á su hermana, la abuela de los niños, la prepararon á recibir á éstos. Ocultáronle el desgraciado fin de sus hijas y le hicieron creer que con otros de la familia se habían marchado para Nueva York y les mandaban los niños para que la acompañaran. La pobre anciana creyó sin dificultad lo que le contaron; pero murió dos años después abrumada por secretos pesares y la sospecha de la muerte de sus hijos y nietos.



VII

La noticia del sangriento suceso se divulgó rápidamente por la ciudad, cundió por toda la Isla y trascendió al mundo entero.

Las circunstancias políticas que lo rodeaban, la condición y calidad de las víctimas y la ferocidad inaudita desplegada por los victimarios, daban al sangriento drama proporciones colosales y la importancia de esos monstruosos crímenes que conmueven al mundo, y la Historia recoge en sus anales como un testimonio de la bestialidad humana.

Los periódicos españoles negaron al principio el hecho, esforzándose por envolverlo en el misterio ó desnaturalizarlo. La osadía de algunos llegó al extremo de propalar la especie de que había sido cometido por los mismos insurrectos, y otros sostenían que los asesinos eran dos insurrectos presentados que servían en las guerrillas.

¡Lo de siempre; la vil calumnia y la infamia!

Pero la verdad se impuso contra tantos ruines manejos y ardides para ocultarla y desfigurarla.

El testimonio del niño con su relato sencillo, conmovedor é invariable y sus heridas aún abiertas, era irrecusable. El niño era llevado y traido sin cesar por multitud de personas ávidas de conocer la verdad que se trataba de ocultar, y después de conocida, hacían públicamente los más enérgicos comentarios desfavorables á Acosta y al Gobierno, apesar del terror que cohibía los ánimos en aquella época.

Un clamor inmenso de horror, de protesta é

indignación se alzó de todas partes. Los revolucionarios cubanos en el paroxismo de la indignación clamaban venganza y amenazaban con una guerra de exterminio, sin cuartel; las escasas familias cubanas que había en las poblaciones y las que estaban en el campo, huían á la desbandada al extrangero. La misma España renegaba del inícuo proceder de sus defensores, y el extrangero execraba la política de España en Cuba y hacía los más bochornosos comentarios por la frecuencia con que se cometían esos crímenes.

Carlos Manuel Céspedes, Presidente de la República Cubana, dirigió al Gobierno español, con motivo del asesinato de la familia Mola, una levantada y enérgica exposición, en la que protestaba de tantos crímenes y pedía que se garantizara la observancia de los principios humanitarios y se asegurara la inviolabilidad de aquellas personas que, por razón de su sexo, edad y otras circunstancias personales no fuesen aptas para la lucha.

A esta dignísima exposición no prestó el Gobierno la más mínima atención, si bien fué divulgada por todos los periódicos defensores de la Integridad para comentarla con el vocabulario de sus denuestos y groseros ultrajes contra los cubanos revolucionarios.

La noticia del hecho produjo en España general descontento, y en el Parlamento, en la sesión del día 14 de Julio de 1871, se promovió una borrascosa discusión sobre la frecuencia con que se cometían crímenes semejantes en Cuba, y alguien reclamó que por decoro de la Nación se pusiera coto á las extralimitaciones y los desafueros de los que con miras personalísimas excitaban aquí los ánimos y recrudecían los odios con su innoble conducta, sus violencias é infamias, causa principal de tantos males.

El honor de España exigía el inmediato y condigno castigo de los perpetradores de tan horroroso crimen.

La responsabilidad inmediata pesaba sobre Acosta á quien todo el mundo consideró, sinó

como autor material, como cómplice ó instigador.

En aquel período de horror, las doctrinas feroces de ciertos hombres, habían establecido que una bajeza, un crimen, una cobardía cometida con los enemigos de la Integridad valía más que la gloriosa victoria de una batalla. El más feroz era el mejor patriota, y ante el patriota (el patriota de aquellos tiempos) se abrían las puertas de la celebridad y las del poder.

De ahí, que todos, españoles y cubanos, creyeran en la culpabilidad de Acosta.

Sin embargo, éste se defendió calurosamente de tamaña acusación que le cubría de baldón. Rechazó enérgicamente las alabanzas que le dedicaban los periódicos defensores aficiosos de la Integridad, los que en momentos tan inoportunos hacían la apología de sus méritos y servicios en defensa del Pabellón Nacional y pedían al Gobierno "el inmediato ascenso del bizarro "Coronel que tantas pruebas daba de amor á España". En comunicados á los periódicos, proclamas y folletos que repartió profusamente por

todo el mundo, trató de vindicarse, explicando el hecho y demostrando, que la única responsabilidad que pudiera caberle, era la de haber sido demasiado benévolo y condescendiente con la desgraciada familia, al dejarlas en sus viviendas y devolverle las alhajas que los soldados les habían quitado; y ofreció que los miserables serían castigados y que se haría cargo de los huérfanos para educarlos.

*
* *

El Teniente Coronel Marcelino Obregón sorprendió en Morón á unos soldados repartiéndose ó vendiendo valiosas joyas, y sospechando la existencia de un crimen, los arrestó, dando cuenta á Acosta. Éste, que ya tenía noticias por Chinchilla de lo sucedido, mandó sumariar á los que habían sido sorprendidos con el cuerpo del delito, y probada que fué su culpabilidad, los condujo al Príncipe con una fuerte escolta y pidió al Capitán General autorización para formarles Consejo de Guerra.

La prisión de los miserables y las seguridades

que se daban de que serían castigados como merecían, desviaron la opinión pública y apaciguaron los ánimos.

Pero en medio de la universal indignación que produjo el espantoso delito, y el veredicto condenatorio de todos los hombres honrados, surgió la figura repugnante de un hombre, cuya alma depravada se regocijó del monstruoso crimen, y se convirtió en protector entusiasta de los malvados.

El que oscureció la fama de Tacón, el Marat de la revolución cubana, ¡el Conde de Valmaseda!, en fin, al tener noticias del hecho que conmovió al mundo entero, tuvo la desvergüenza de aplaudirlo públicamente. La historia recogió una de sus frases:

—"¡Con otro como ese, acabamos!".....

Sí; acababan con los débiles é inocentes, pero no con la Revolución.

Sus abominables proclamas y órdenes en el Departamento Oriental abrieron las puertas á toda clase de desafueros y de crímenes; el 6 de

Enero arrastraba al 27 de Noviembre, y éste á otro y otros........

Pero la Revolución lejos de abatirse por tan rudos golpes, se levantó potente, heróica y vencedora, realizando esos brillantes hechos de armas que hoy son la admiración de propios y extraños.

En "Palo Seco" un grupo de cubanos mal armados, desnudos, extenuados de fatiga y de hambre, sin más ventajas que su valor y resolución sin igual, destrozaron completamente y para siempre el célebre Batallón que llevaba su odioso nombre. El valeroso espirituano Francisco Jimenez al frente de un corto número de cubanos, toman por asalto y se enseñorean de su ciudad natal, que gobernaba Acosta, y dán ejemplo de hidalguía y generosidad perdonando á los vencidos..........

....

El empedernido Gobernante se resistió tenazmente á autorizar la formación del Consejo de Guerra que había de juzgar y condenar á los

malhechores abominados por todos los hombres honrados.

A las súplicas y exigencias oficiales y privadas que le hacía Acosta, apoyado sinceramente por Chinchilla y la mayoría de los Jefes del ejército, contestaba con evasivas y reticencias.]

Al fin tuvo que ir Acosta expresamente á la Habana y arrancarle la autorización con la amenaza de dimitir si no accedía.

El mismo Acosta decía públicamente que salió asqueado, horrorizado, de la conferencia que tuvo con Valmaseda, á quien calificaba de grosero y feroz.

Refiriéndole Acosta el crimen, para moverle á castigar á los asesinos, exclamó con el mayor cinismo:

—"¿No querían Cuba libre"........?

—"Mostrarse rigurosos con los soldados sería dar mucha importancia á esos bribones." (Textual.)

La indigna conducta de Valmaseda, que espontáneamente se hacía solidario del crimen,

colmó de indignación á los cubanos, é Ignacio Mora, prestigioso revolucionario y hermano de las víctimas, le dirigió la carta imprecatoria que insertamos al final.

Apremiado por Acosta y hostilizado por la generalidad de los Jefes del ejército y por el Gobierno de Madrid, que querían siquiera se llenasen las formas, autorizó la formación del Consejo, al cabo de seis ó siete meses de resistencias y negativas.

Pero más valiera que hubiese insistido en su negativa, porque el tal Consejo, que se celebró en el cuartel de la Merced de Puerto-Príncipe, fué una burla indigna á la justicia, á la moral y á la vindicta pública.

Los jueces, obedientes á la consigna, en vergonzosa confabulación, hacían descaradamente causa común con los infames asesinos, á quienes instruyeron de antemano de lo que debían hacer y decir y los alentaban con sus palabras y gestos; miéntras que al pobre niño, único tes-

tigo y acusador, procuraban embrollarlo y hacer que se contradijera.

Las pruebas materiales habían desaparecido y no se encontraban testigos acusadores. Las joyas más valiosas fueron sustituidas por otras falsas.

El Consejo fué á puertas cerradas para que nadie pudiera atestiguar la odiosa comedia que se representaba.

Apesar del desamparo en que se veía, pues no se permitió que lo acompañara nadie, y del aspecto solemne que se dió al acto, el niño no se desconcertó y cumplió fielmente su misión, refiriendo el hecho veinte veces sin contradecirse.

Aunque se sabía plenamente quienes eran los asesinos, se le sometió á la prueba del reconocimiento. El niño, sin vacilar ni equivocarse, los reconoció tres veces en rueda de presos, aunque fueron maliciosamente desfigurados, de tal modo, que al gordo y barbudo se le había afeitado y cortado el pelo al rape, y al otro, por el contrario, se le dejó crecer el pelo y la barba.

Pero el niño tenía muy grabadas en la memoria sus odiosas fisonomías, y los pudo reconocer á pesar del disfraz, como los reconocería hoy al cabo de veintidós años.

¡Todo fué inútil! El fallo ya estaba acordado de antemano y aquello no era más que una farsa.

Dicen que el Consejo los condenó á cadena perpétua, pero Valmaseda conmutó la pena por de diez años de presidio.

Nosotros no lo sabemos ni hemos podido averiguarlo, porque la causa desapareció.

Lo que sí sabemos es que los asesinos estuvieron algunos meses en la cárcel de Puerto Príncipe y luego se los llevaron para la Habana y nadie volvió á saber de ellos.

¡¡¡EL MONSTRUOSO CRIMEN QUEDO IMPUNE!!!...... ......

....

Si la muerte ha librado al mundo de la execrable presencia de aquellos desalmados, la justicia inexorable de Dios les habrá hecho purgar su

monstruoso crimen; pero si aún viven, si aún infestan con su arqueroso hálito el aire que respiramos, nuestra maldición y la de todas las almas buenas caigan sobre sus cabezas, las de sus cómplices y las de toda su descendencia......

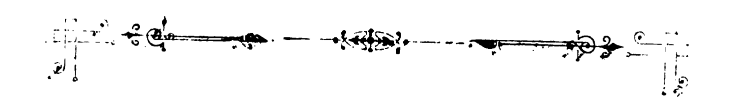
....

....



APENDICE.

NOTAS HISTORICAS.



NOTAS HISTORICAS.

Proclama de Valmaseda pretendiendo terminar la insurrección cubana á sangre y fuego.

---

(4) "Habitantes de los campos: Los refuerzos de tropa que yo esperaba han llegado ya; con ellos voy á dar protección á los buenos y castigar prontamente á los que aún permanecen rebeldes al gobierno de la Metrópoli.

Sabeis que he perdonado á los que nos han combatido con las armas: sabeis que vuestras esposas, madres y hermanas han encontrado en mí una protección negada por vosotros y admirada por ellas: sabéis también que muchos de los perdonados se han vuelto contra mí. Ante

esos desafueros, ante tanta ingratitud, ante tanta villanía ya no es posible que yo sea el hombre de ayer; ya no cabe la neutralidad mentida; el que no está conmigo está contra mí, y para que mis soldados sepan distinguiros, oid las órdenes que llevan.

Todo hombre, desde la edad de quince años en adelante, que se encuentre fuera de su finca, como no acredite un motivo justificado para haberlo hecho, será pasado por las armas.

Todo caserío que no esté habitado será incendiado por las tropas.

Todo caserío donde no campée un lienzo blanco en forma de bandera para acreditar que sus dueños desean la paz, será reducido á cenizas.

Las mujeres que no estén en sus respectivas fincas ó viviendas ó en casas de sus parientes, se reconcentrarán en los pueblos de Jiguaní ó Bayamo, donde se proveerá á su manutención: las que así no lo hicieren serán conducidas por la fuerza.

Estas determinaciones empezarán á tener lugar desde el 14 del corriente mes.

Bayamo 4 de abril de 1869.—Firmado.—El Conde de Valmaseda."

*
* *

Contestación del General en Jefe del Ejército cubano, Manuel de Quesada.

"¡Soldados de las Villas! Habeis luchado ya

con el déspota. Yo os felicito por vuestros esfuerzos y os invito á continuarlos....Sois patriotas, sereis vencedores.

"¡Soldados de Occidente! Conozco vuestros heróicos trabajos y os venero....Conozco la desventajosa situación en que os hallais con respecto á nuestros opresores, y me prometo remediarla....Yo os envío el homenaje de mi admiración y el auxilio de mis armas.

"¡Ciudadanos, jefes, oficiales y soldados del ejército cubano! Unión, disciplina y perseverancia.

"El rápido incremento que ha tomado la gloriosa insurrección cubana asusta á nuestros opresores, que hoy se agitan con las convulsiones de la desesperación, y ejercen una guerra de venganza, que no de principios.

"El tirano Valmaseda pasea la tea incendiaria y la cuchilla homicida por los campos de Cuba. Jamás hizo otra cosa; pero hoy añade á su crimen el cinismo de publicarlo en una proclama, que no encuentro cómo calificar, sino diciendo que es una proclama del Gobierno español. En ella se amenazan nuestras propiedades con el fuego y el pillaje. Eso no es nada. Se nos conmina con la muerte, nada es eso....Pero se amenaza á nuestras madres, esposas, hijas y hermanas con el empleo de la violencia!...

"La ferocidad es el valor de los cobardes.

"Yo os exhorto hijos de Cuba, á que recordeis á todas horas la proclama de Valmaseda. Ella

abreviará el triunfo de nuestra causa. Ella es una prueba más de lo que son nuestros enemigos. Estos séres parecen privados hasta de los dónes que la naturaleza concedió á los irracionales: el instinto de la previsión y el escarmiento. Tenemos que luchar con los tiranos de siempre, los mismos de la inquisición, de la conquista y de la dominación en América. Nacen y mueren, viven y se suceden los Torquemadas, los Pizarros, los Bovés, los Morillos, los Tacones, los Conchas y los Valmasedas. Tenemos que combatir con los asesinos de ancianos, mujeres y niños, con los mutiladores de cadáveres, con los idólatras del dinero!!...

"Cubanos: si quereis salvar vuestra honra y la de vuestras familias; si queréis conquistar para siempre vuestra libertad, sed soldados. La guerra os conduce á la paz y á la felicidad. La inercia os precipita á la desgracia y á la deshonra.—¡Viva Cuba! ¡Viva el presidente de la república! ¡Viva el ejército libertador!

"Patria y libertad.—Guáimaro y Abril 13 de 1869.—*Manuel Quesada.*"

*
* *

El *historiador* español Gil Gelpí, en su infame libelo titulado "Album Histórico Fotográfico de la Guerra de Cuba," en la Página 356, refiriéndose á las DIGNISIMAS Y PURISIMAS familias camagüeyanas que se hallaban en la Insurrección, dice:

Aunque el fanatismo político, como el religio-

so, todo lo tolera y santifica, y aun cuando comunica fuerza para sufrir con resignación trabajos y privaciones, se podía suponer que las gentes ménos degradadas de las familias del Camagüey no podrían acostumbrarse á la *vida relajada de los campamentos insurrectos, donde reinaba el más brutal desenfreno,* entre gentes de tan distintas razas y condiciones. No faltaban hombres y mujeres que se habían aficionado á la vida semi-salvaje de la *manigua;* pero es indudable que, al cabo de 18 meses de *aquella vida desenfrenada,* la mayor parte de las personas acostumbradas ántes á la vida de las grandes poblaciones y á las comodidades de *las familias ricas, deseaban salir de aquel confuso torbellino de brutales pasiones. Las mujeres sobre todo, se cansaban de correr por los campamentos, desnudas y descalzas, no sabiendo cuál había de ser su cama al llegar la noche ni quién ó de qué raza había de ser su marido.* Por más que la vida semi-salvaje tenga cierto atractivo para determinadas personas, la mayor parte de las que han disfrutado de las comodidades y ventajas de la vida civilizada se cansan pronto de ella. Esto explica la mayor parte de las presentaciones de los magnates que se habían pasado al campo de la insurrección con sus familias."

*
* *

En uno de los números correspondiente al año de 1871 de la "Ilustración Española y Americana» se insertó el siguiente suelto, inspirado por el *célebre patriota* Manuel Martinez Aguiar.

ISLA DE CUBA.—"MATIABO", IDOLO COGIDO A UNA PARTIDA DE INSURRECTOS.

"Repetidamente se ha dicho que la insurrección cubana, ya muy próxima á convertirse en guerra exterminadora de razas, inauguraría en la hora de su triunfo, si tal lograse, una tristísima época de retroceso, de ceguedad desconsoladora, con todas sus consecuencias deplorables.

Testimonio sea de tal verdad, la miserable idolatría que profesan, ó guisa de culto regenerador y edificante, algunas partidas de insurrectos, y ella sirva de curioso dato al mundo civilizado.

En una batida que dieron recientemente en el Zumaraquacan algunas tropas de la nación á varias partidas rebeldes que se escondian en la espesura de los montes, fué cogido el grosero *ídolo* de que damos exacta reproducción [copia de una fotografía que ha tenido la bondad de remitirnos el Sr. D. Manuel Martinez Aguiar] en la plana primera de este número.

Representa un negro casi desnudo, toscamente esculpido en madera de caoba; sus ojos son dos pedazos de vidrio, y ostenta en la cabeza,

por vía de ridículos adornos, algunas *peonías* y varios amuletos de oro· la caja del cuerpo está hueca, y servia para encerrar en ella cenizas de cadáveres de españoles quemados por los insurrectos....."

* * *

El Sr. D. José Antonio Obregón, peninsular y Comandante del Ejército Español escribió y publicó en "El Fanal" de Puerto Príncipe del día 24 de Enero de 1873, el siguiente artículo, que dá una idea de la grandeza de su alma, no sólo por el digno concepto que tenía de los enemigos con quienes combatía sino el inaudito valor que implica el haberlo manifestado públicamente, en aquella época en que imperaban los G. Gelpí, los Pimentel, los Martinez Aguiar, "La Voz de Cuba" "El Moro Muza" y tantos *célebres patriotas.*

"Damos cabida en este lugar al siguiente artículo que nos remite su ilustrado autor.

"Muchas veces á solas y en conversaciones privadas, he lamentado el espíritu de feroz hostilidad, de intrasigencia impremeditada que anima á la mayor parte de los que escriben para el público, al ocuparse de nuestros enemigos. Creo que algunos obren así de buena fé y hasta en un principio me lo explicaba por la justa, pero no prudente efervescencia de las pasiones irritadas hasta tal extremo por el descabellado partido que unos cuantos ilusos intetaron come

ter al levantarse en armas, lanzando gritos de muerte contra sus progenitores.

Mas, ha trascurrido ya tanto tiempo; hemos tenido tanto lugar de tranquilizarnos y de pensar en lo más conveniente, [algunas veces preferible á lo más justo] que ya no me lo esplico.

No trato de hacer la apología del titulado ejército cubano, ni pretendo que nadie la haga; pero sí quiero dejar sentado que considero muy injustas muchas de las calificaciones con que lo distinguen ciertos escritores, llevados tal vez del poco noble propósito de granjearse popularidad entre ciertas gentes, que por su educación no se hallan á la altura que sería necesario para tener en algo sus aplausos ó censuras.

Como oficial del ejército, aunque sea el último en merecimientos, protesto contra la necedad crónica de los que se empeñan en hacer resaltar en sus escritos la cobardía, la falta de instrucción, de abnegación, de pundonor, de amor propio, de cohesión, de fuerza, &c. &c. de nuestros enemigos. Por que dado que esto fuese cierto, viene á resultar que el sufrido, el valiente, el heróico soldado y voluntario; el inteligente y esperimentado oficial ó jefe de ejército español hace cuatro años que lucha con un rebaño de borregos, ménos aún, con una manada de estúpidos guanajos y sin embargo, aún no ha podido acabarse con éllos, lo cual habla muy poco en su favor. Consideren los que tales cosas

dicen que fuera de aquí se leen sus escritos alguna vez, y aún suponiendo que el lector sea imparcial, si establece la comparación de las condiciones que se atribuyen á cada una de las fuerzas combatientes y recuerda la duración de la lucha, ha de concluir porque no somos más que unos inbéciles petulantes ó porque es falso lo que pretendemos hacerle creer. Ambas cosas redundan en descrédito del valiente ejército y cuerpo de voluntarios que toman parte activa en las operaciones, y no creo exagerado pretender que sus sacrificios de todo género sean mejor pagados por la opinión propia y estraña.

No pido que se encomie el valor y potencia de las fuerzas enemigas; nada más lejos de mi ánimo. Pero sí desearía que no se llevase tan al estremo el afán de presentarlas de todo punto despreciables.

Por mi parte, y aunque me arriesgase á ser clasificado por el Sr. Lasauca entre sus *seres serpientes ó seres borregos*, me complazco en consignar que si bien no temo al enemigo, porque mi timidez no llega al punto de temer á un niño de pocos meses por malévolo y atrevido que sea (y estimo que las fuerzas rebeldes comparadas con las nuestras están en la misma proporción y aún me quedo corto, que las del niño con las mias) tampoco lo desprecio, como no despreciaría una pequeña fiebre de que me viera acometido: bien al contrario, trataría de buscar pron-



to remedio á toda costa, aún persuadido de que el mal no podía llevarme á la fosa, ni causarme ótro daño ménos grave.

Pero hay más aún. Es preciso no echar en olvido que el enemigo á quien combatimos, no es un estraño para nosotros. No estamos en Guinea ni en Marruecos. Estamos en España y combatimos españoles aunque renegados y relapsos por el momento. Frecuentemente hemos caído en la contradicción de llamar cobarde, estúpido, miserable al cabecilla tal ó cual, y á los muy pocos dias hemos encomiado hasta las nubes el valor, inteligencia y nobleza de sentimientos de ese mismo cabecilla presentado y vuelto la legalidad.

Mas, quiero prescindir de todos estos y concretarme á tratar de los pertinaces que aún están en armas.

Cualquiera, el último de ellos, tiene un padre, un hermano ó un amigo de infancia, que tal vez combate á nuestro lado y no vacila en descargar su rifle contra su hijo, su hermano ó su amigo, si se le pone de frente en un momento de lucha. Hace mas. Sin murmurar, sin proferir ninguna queja, inclina su frente con respeto ante el fallo del inecsorable tribunal que condena á muerte á aquella persona para él tan querida. Lo hace así, y obra como bueno. Pero no se le pide mas, porque la naturaleza está sobre todos los respetos y consideraciónes sociales. Una ma-

dre podrá deplorar los estravíos del mas malvado de sus hijos; un padre, un hermano, un amigo, llegará á condenarle en el fondo de su conciencia y hasta de una manera espiícita; mas no se le exija que escuche con placer los virulentos discursos de cualquier quídam que sin otro título, las más de las veces, que el de un mentido ó estraviado patriotismo, se permite herir á esas personas en la fibra mas delicada, en sus mas íntimas afecciones. Una madre sabe que su hijo es muy feo; pero no consiente que se lo diga ningun estraño.

El que con justicia quiera ser tenido por verdadero patriota, por amante leal de la nacionalidad española, debe ajustar su conducta al fin mas justo y mas conveniente para terminar la infausta lucha que nos destroza; debe prescindir en lo posible del encono, del rencor imprudente, que solo sirve para elevar mas y mas las barreras que aun separan á los dos bandos. Estas barreras deben venir á tierra, deben arrasarse de tal modo, que ni señal quede de ellas. Somos los mas fuertes y debemos ser los mas generosos. Pero generosos no á medias, porque lo repito, el insurrecto es español de raza y de educación, en su mayor parte; y al español jamás le ha satisfecho ni aun ha admitido que su enemigo le perdone su vida, si detrás del perdón ha visto el desprecio á la humillación mas pequeña.

La guerra no ha de concluirse por el esterminio de todos los que aun quedan en armas con-



tra el Gobierno y mucho ménos por el de sus familias. Mas tarde ó más temprano vendrán todos, salvo raras escepciones, á implorar el perdón de sus culpas y olvido del pasado. Y como podrá negárselo la Nación nobilísima que mandó sus soldados, expuso sus mejores marinos y derramó sus tesoros para conquistar, no tierras ni esclavos para sí, sino ovejas para el rebaño divino de que Jesucristo es pastor?

Y, si al fin este ha de ser el resultado, ¿á qué retardarlo atemorizando á los tímidos é irritando á los soberbios con apreciaciones insultantes que á nada bueno conducen? ¿No es mejor que demos pruebas, hasta en lo más insignificante, de que no ha degenerado la hidalga raza del mas hidalgo de todos los pueblos del viejo mundo?

¿Es acaso compatible con la dignidad que se debe todo el que de español blasona ese prurito de herir susceptibilidades y despertar rencores, llevados hasta el estremo de calumniar, por vía de insulsa chascada, á lo mas respetable, á lo mas digno de toda consideración en todos los pueblos cultos, á la muger, siquiera sea madre, hija ó esposa del último de los criminales? La muger que sacrificando á su amor filial ó conyugal la existencia tranquila y regalada de que gozaba, optó por otra llena de riesgos, penalidades y privaciones, ¿merece acaso, por este solo hecho de sublime abnegación, que se digan de

ella los disparates que se han dicho y aun dicen, aunque ya por fortuna, solo entre cierta clase de gentes?

Por mi parte estoy bien seguro de que no lo merecen. ¡Ojalá se inspiren en las mismas ideas los que aún abrigan otras y se convenzan todos de que es una insigne tontería tirar piedras al tejado propio!

Puerto-Príncipe 24 de Enero de 1873.

JOSE G. OBREGON."

* *
*

Artículos de periódicos relativos al suceso.

De Cárlos Manuel de Céspedes, Presidente de la República.

Al Gobierno Supremo de España.

"El respeto que inspiran las leyes internacionales y que, bajo la influencia de la civilización moderna ha quitado á la guerra, en cuanto ha sido posible, su carácter salvaje, nos impone el deber de dirigir al Gobierno de España una enérgica protesta contra varios actos opresivos cuyo conocimiento no puede ménos de disgustar al mundo civilizado. Desde el tiempo en que se levantó en Cuba el estandarte de la independencia, se han atribuido á nuestra lucha móviles indignos. No expondremos la justicia de la revolución cubana, porque esta exposición sería desagradable á ese gobierno, y es además innecesa-



ria; pero diremos en general que toda colonia tiene derecho á romper el lazo que la une á la metrópoli, si posee suficientes elementos para vivir independiente. La vida colonial es restrictiva; no satisface enteramente los deseos y aspiraciones de un pueblo inteligente, y, por lo tanto, no se le puede imponer con justicia cuando se halla en estado de mantener su existencia política.

Un gobierno vicioso que derrib en España el alzamiento popular de Setiembre, había empeorado, y podríamos decir, había hecho intolerable la existencia colonial de los cubanos. Los cubanos han decidido con la espada, puesto que no pueden obtenerlo de otro modo, el ejercicio de sus más importantes derechos. Poderosos motivos impiden á su gobierno ser más explícito en tan delicado asunto; pero lo cierto es que, atendidos los resultados de la guerra, no hay otras relaciones posibles entre España y Cuba que las de carácter amistoso basado en la condición de su completa independencia, un partido político armado desde el principio de la lucha, bajo el nombre de voluntarios españoles, y conocido por su intolerancia y tendencias retrágradas, ha convertido una cuestión de ideas, en la de mezquino interés personal; arrogándose la autoridad los delegados de ese gobierno é imponiendo como leyes sus caprichos, dando un carácter indecoroso á las manifestaciones oficia-

les relativas á la revolución, y olvidando enteramente los derechos del hombre, han justificado crímenes miserables, que son un borrón para la Historia de España en América. Relatarlos detalladamente sería tan doloroso para nosotros como para el gobierno á que nos dirigimos.

"Bastará decir que las tropas encargadas de mantener la dominación española se ocupan con preferencia en perseguir á las familias que viven en el territorio de la república, privándoles de cuanto poséen, incendiando sus casas y han llegado varias veces hasta el punto de hacer uso de armas contra mujeres, niños y ancianos. En el momento en que escribimos esta protesta acaba de ocurrir un caso horrible. El 6 de enero del presente año, una columna española, mandada por el Coronel Acosta y Alvear, durante su marcha desde el Camagüey á Ciego de Avila, asesinó á las ciudadanas Juna Mora de Mola y Mercedes Mora de Mola y á los niños Alberto, Adriana, Angel y Juana Mola, de edad respectivamente de 14. 12, 8 y 2 años. El horror que producen crímenes de esta naturaleza, especialmente en el ánimo de aquellos que están léjos de la escena de los acontecimientos, los haría parecer casi increíbles, si no se tuviera en cuenta la desmoralización de un ejército acostumbrado á una rapiña y violencia que no reconocen límites. Estos excesos se cometen sin duda sin el consentimiento del Gobierno Supremo de una

nación en la que el espíritu de los tiempos modernos ha tenido tan elocuentes manifestaciones. Si España no concede el feliz establecimiento de las libertades adquiridas, reconociendo el derecho de suscesion en los cubanos, esperamos que consienta al ménos garantizar la observancia de los principios humanitarios en la prosecución de la lucha; y puesto que algunos jefes de las fuerzas libertadoras han pedido en vano repetidas veces á los jefes contrarios que adoptasen un sistema de guerra más digno, deseamos ahora entrar en arreglos con el Gobierno Supremo de la nación española para proteger las vidas de los prisioneros y asegurar la inviolabilidad de aquellas personas que, por razón de su sexo, edad y otras circunstancias personales, no sean aptas para la lucha, protestando que si los jefes españoles no aceptan lo que ofrecemos, no seremos responsables de las terribles consecuencias que ciertamente producirá este bárbaro sistema de guerra.

"Damos publicidad á este despacho para que llegue á conocimiento de los gobiernos extranjeros.

"Cuartel general del gobierno, enero 24 de 1871.

CARLOS MANUEL DE CESPEDES.

"Presidente de la República Cubana.

"El documento que precede es copia exacta del original.—*Ramón Céspedes*, Secretário de Negocios Extranjeros."

De Acosta.

....

"Respecto al hecho que refiere el Sr. Céspedes, tuvo lugar del modo siguiente: El 6 de enero acampé con trescientos hombres cerca de Lázaro, prévio el hacer un reconocimiento con las guerrillas, que pusieron en fuga una pequeña partida y condujeron á mi tienda dos señoras y tres niños. (*Falso.*) Esta familia me manifestó quedaban en sus chozas otras mujeres y niños enfermos, y á mi deseo de trasladarlas todas á la población, me suplicaron las dejase en sus bohíos, pues deseaban convencer á sus maridos de que convenía se presentasen. Se hallaban enfermas, postradas por las calenturas, llenas de llagas y de miseria. El médico del cuerpo las medicinó y proveyó de medicamentos y vendajes, y el que suscribe las dió todo el chocolate, latas, café, azúcar, galleta, vino, aguardiente y provisiones que poseía, y haciéndoles devolver las alhajas y efectos que algunos guerrilleros habían recogido, las hizo acompañar á sus viviendas, en que pretendió dejar cuarenta hombres con un oficial de guardias aunque no lo efectuó á ruego de las mismas señoras, que francamente le manifestaron temían que volviesen sus maridos y fuesen sorprendidos por las tropas. Respeté estas súplicas por creer ser indigno servirse de las esposas é hijos para matar á

aprisionar á los maridos. En la tarde, un niño fué al campamento á pedirme unas sopas, y en él acto le dí toda mi comida con las vasijas y además fósforos, velas de esperma, dulce y la última botella de Jerez que poseía, repitiéndoles mi deseo de darles una guardia.

A las tres de la madrugada se vieron incendiados los bohíos y se oyeron gritos, que se creyó daban las señoras, que no querían seguir á sus esposos; (*¡la ocurrencia es muy peregrina!*) y por que no fuese herida alguna mujer ó algún niño, prescindí de mandar tropas.

A los tres ó cuatro dias, encontró un oficial á dos guerrilleros del batallón de Colón repartiéndose unas prendas; y dándome cuenta el Sr. Teniente Coronel primer Jefe de dicho batallón, D. Marcelino Obregón, se les arrestó y sumarió, teniéndose entónces las primeras sospechas de la desgracia de las Sras. Mola, de cuya muerte se tuvo despaés noticia, como de haberse salvado uno de los niños, testigo presencial del suceso, y que decía conocer á los dos malhechores; entónces se solicitó de la Autoridad Superior fuesen conducidos á Puerto-Príncipe, á fin de que allí fuesen juzgados y penados, de probárseles el delito, aunque las dificultades de comunicaciones con Morón, donde se hallan los presuntos reos, haya retardado su envío. Ahora bien; ¿puede el Sr. Céspedes ni nadie impedir que dos hombres desalmados se escapen de un campa-

mento para cometert al crímen? *Sí sabido, quedase impune, si hubiese sido consentido ó tolerado por los jefes, cabría responsabilidad en éstos*; pero no sucediendo así, es un delito horroroso, aunque muy semejante á los que diariamente se cometen en las grandes capitales"

*
* *

De "El Cubano Libre"

"Aunque los españoles han cometido y cometen en la actual guerra de Independencia los mismos horrores con que escandalizaron los tiempos modernos y que han hecho odioso su nombre y su bandera en los Paises Bajos y en los pueblos todos de la América latina; aunque la escala ascendente de crímenes con que han pretendido aterrorizar el país, mutilando y asesinando primero los prisioneros de guerra, luego los ancianos indefensos, mas tarde las mujeres y los niños, debieron habernos acostumbrado á su ferocidad; no podemos, sin embargo, permanecer impacibles y silenciosos cuando tienen lugar hechos como el que damos á luz, para nueva prueba de que los españoles que hacen la guerra en Cuba son indignos del título de hombres.

El seis de Enero último el batallón español sarcásticamente denominado del "Orden," que se encuentra al mando del Coronel Francis-

co Acosta y Alvear, en su tránsito del Camagüey á Ciego de Avila, da muerte al machete en la prefectura de Jigüey, después de robar é insultar brutalmente á las víctimas de palabras que solo registra la historia en los anales de la Edad Media y en las guerras de España, á la ciudadana Juana Mora, viuda del Coronel del Ejército Libertador Alejandro Mola, con su hija Juanita de dos años. y á la ciudadana Mercedes Mora, esposa del Prefecto de Caonao Melchor Mola, con sus hijos Alberto de trece años, Adriana de doce y Angel de ocho; quema las casas y arroja los cadáveres al fuego. Un niño de esa desgraciada familia que había podido ocultarse, logra su salvación á través de las llamas.

El C. Melchor Mola perdió el juicio al recibir la noticia y el dolor ha aniquilado su existencia.—Febrero 8 de 1871."

*
* *

De la France

(Paris du 13 Mais 1871.)

"Un correspondant écrit de la Havane, en date dua du mois dernier á l' *International*, de Londres.

Les compagnies de contre-guérillas, commandées par le colonel Acosta et composé es des mauvais sujets de la Havane et des autres parties de l'île, ont commis de nouveaux outrages

coutre la population sans défense de Camagney. Un des derniers et des plus terribles crimes commis par des soldats espagnols dans l'ile de Cuba, est le massacre de toute une famille prés de Puerto—Príncipe, par la contre-guérilla de l' Ordre, sous le commandemont du major Acosta.

Madame Merced Mola, sa fille Adriana, ágée de quinze ans, et madame Juana Mora avecses trois enfants, dont le plus ágé n' avait que sept ans, habitaient depuis l' insurrection une petite chaumiére, dens les bois de Caunas. Les guérillas se présentérent chez elles, et aprésleur avoir volé tout ce qu'elles avaient leur demandérent leurs bijoux et leur argent. Elles répondirent qu elles n' en avaient pas; comme ces dames appartenaient aux familles les plusriches, leurs réponse ne satisfit pas les voleurs. Les soldats deviurent furieux et assassinérent toute la famille avec leurs longs couteaux Non-senlement ils tuérent un enfant de trois ans, mais ils coupérent son corps en deux. Un fils de madame Mola, ágé de douze ans, fut le seul de la famile qui put s' échapper. Une partie de ces mémes contre-guérillas, appartenant á la colonne commandée par le colonel Acosta lui-méme, a attaqué la ferme de San Cayetano, dans laquelle résidait la famille de Bueno, composée d' une dame de quatre-virgt-- cinqans, avec deux filles mariées et leurs enfants, et une fille

non mariée. sous la garde d' un vieux monsieur nommé Francisco Agüero, Ils donnerent deux coups de couteau au vieux monsieur en présence de safemme, frappérent la vieille dame á la figure, garottérent les autres dames et, aprés les avoir dépouillées de leurs vétements, mirent le feu á la maison.

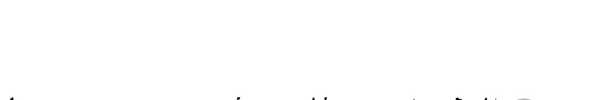
Non seulement les officiers permettaient ces assassinats, mais les sanctionnaient en partageant le butin."

*
* *

La Independencia Belga.

Nouvelles d' Espagne.

"Nous avons publié, il y a quelque temps déjá, une protestation du chef de l' insurretion cubaine, dans laquelle il s' élevait contre des cruautés commises par les troupes espagnoles, en affirmant notamment que "le 6 janvier une colonne espagnole, commandée par le colonel Acosta y Alvear, dans sa marche de Camagüey á Ciego de Avila, assassina les citoyennes Juana Mora de Mola et Mercedés Mora de Mola, ainsi que les enfants Adrian, Angel y Mercedés Mola, agés respectivement de 12, 8 et 2 ans."



LA FAMILIA DE MOLA.

I

En los campos de Cuba
Que en años de explendor trasunto fueran
Del Edén en la tierra,
Y al paso de la guerra
En sangre se enrojecen
Y sin vida y cultivo languidecen,
Una choza se oculta entre los bosques
De almácigos y cedros;
Y no distante del lugar sombrío,
En abierta sabana,
Tropa española acampa junto á un río.
Reina la noche, y más que los zarzales
Que espesos borran las humanas huellas,
Del triste albergue los senderos cubre
El enlutado manto
De un cielo neblinoso y sin estrellas.

II

Oculto asilo aquella choza ofrece
A una familia errante:
Dos hermanas, matronas que en sus venas
Hervir la savia fervorosa sienten
De esa región heróica
Que el Tínima en su curso fecundiza;
Dos madres, de esas que en la antigua Esparta,
Con cuidados prolijos,

Van contando los años de sus hijos
Hasta el feliz momento en que nervudo,
Ya puede el brazo sostener escudo:
Mercedes, valerosa,
Que á su esposo en la lucha heróica alienta,
Juana, que triste llora al compañero
Que cayó como bravo
En encuentro fatal, mas no fué esclavo!
Tierna era la prole que crecía
En el regazo de las dos matronas:
Angel, Melchor, dormidos
En la infancia, serenos, y Mercedes
Angel aún. La encantadora Adriana
Entre niña y mujer: botón cerrado
Que del tiempo, inconsciente, espera el beso,
Alberto, adolescente,
Hombre y niño á la vez, como esos pajes
De la pasada edad, bellos, sublimes
Y heróicos á la par. Mas ¿porqué en sombras
Esa familia en habitar se empeña,
Y la luz y el placer de las ciudades
Con altivez desdeña?

III

Cuando el viril cubano
A combate mortal retó al tirano,
Heróicas las mujeres
De la lucha corrieron los azares,
Y en las cavernas y profundos bosques
Plantaron sus hogares.

De la guerra de Cuba que en osarios
Los campos convirtiera, esa es la gloria;
Ese el rasgo grandioso
¡Que inmortaliza su preclara historia!
Al rendir el patriota la vigilia
En las selvas halló, como el germano,
Aliento en el amor de la familia;
Para sus triunfos lágrimas y besos.
Y al sucumbir, sus esparcidos huesos
Fosa que abriera cariñosa mano.

IV

Ténues reflejos de mezquina vela
De la choza en las sombras se perdían:
La angelical Adriana y las matronas
Inquietas no dormían;
En un rincón el grupo descansaba
De niños inocentes;
Cabe la puerta, Alberto ánimo hallaba
En los recuerdos de los cien combates
Que presenciado había. Trémulo el viento,
Al chocar con las yaguas de la choza,
En sus alas llevaba el éco horrible
De la orgía del vecino campamento.
Mas ¿por qué la inquietud de aquellos seres
Del mundo abandonados;
Osarían atacar esos soldados
A niños indefensos y á mujeres?....

V

"¿Por qué no duermes, Juana?"—

Lo decía Mercedes á su hermana—
Y contra el pecho ansiosa comprimía
El cuerpo de su niña, que inocente,
En sus sueños de gloria sonreía.
"Mercedes, yo no puedo,
Yo no puedo dormir"—replicó Juana.—
"Tú tienes miedo, hermana?"—
Y Juana contestó:—"Sí, tengo miedo!"
Y Adriana entre sollozos repetía:
"También yo tengo miedo, madre mía!"....
Vacilante Mercedes
A Alberto se dirige, que responde:
"El oro, ¡oh madre! el oro
Es nuestra perdición; esta es la historia
De América infeliz. Mi padre acaso
A tiempo llegará.....yo, los espero!"
Y el tierno adolescente,
De tres lustros apenas,
Espera combatir, y en su cariño
Fuerza hallar y victoria.....Pobre niño!

VI

De súbito los gritos de la turba
Dejan á todos mudos, sin aliento;
La puerta cede, y al tremendo choque
Del pelotón qne invade el aposento,
Rueda Alberto por tierra.
"Yo me llevo esta flor!"—grita un bandido
Al divisar á Adriana, que anhelante,
A su madre se abraza.—Alberto, herido,

Frenético se arrastra y muerde airado
Las piernas del soldado
Que con bestial fiereza,
Le sepulta su sable en la cabeza!...
"Yo esta prefiero!"—otro soldado exclama—
Y á Mercedes se arroja, que en su anhelo,
Le presenta su niña
Y espera conmoverle; de sus brazos
La arrebata y la estrella contra el suelo!....
Y Juana llora y lucha
Con otros que frenéticos la asedian;
Y los niños imploran de rodillas
En vano compasión "Aquí está el oro!"—
Exclama otro soldado.—"Aquí un tesoro
En brillantes tenemos,"—varios dicen,
Temblando de codicia.—"Eso á reparto,
A reparto!" los salteadores gritan,
Y á la presa á la vez se precipitan;
Y se insultan y vejan y maltratan
Y el dinero y las prendas se arrebatan ....
Las damas un instante quedan libres
De la turba feroz. Mercedes, loca.
A su niña levanta moribunda,
Y abraza con afán. Besa anhelante
Los cabellos de Alberto, ensangrentados;
El pobre niño con amor la mira,
A su beso sonríe, luego espira!
Juana apunta con dedo vacilante
A los niños el bosque, que la aurora,

Como el único asilo les ofrece!
Que entre nubes de púrpura aparece,

VII

La aurora!...Risueña y apacible
Se despierta la aurora,
Y con la misma luz los campos dora
Y alumbra tanto horror!.....Ley insondable,
Que millares de mundos equilibras
En el inmenso espacio:
Si hay aquí compasión para el que espera,
Una victoria al fin para el que lucha,
O efímero consuelo
Para el triste que lleno de dolores
Los ojos alza para ver el cielo;
¿Por qué en la tierra el crimen se entroniza
Y al criminal con tu poder no asombras?
Y si el mal en la vida es necesario,
¿Por qué hay luz en el mundo, y cual sudario
No cubren á la tierra eternas sombras?...

VIII

"Mirad"—grita un soldado que domina
Con voz de trueno la algazara horrible,—
"Empieza á amanecer y nos esperan,
Que no quede un testigo!"—"Todos mueran!"
Responde aquella turba;—y los aceros
En su lúgubre choque al encontrarse
Penetrando á la vez la misma carne;
El ronco respirar de los verdugos;
De la inmolada víctima el gemido.

Forman siniestro ruido
Que en el momento aquel contraste hacía
Con el canto sereno de las aves
Saludando en la selva al nuevo día!...
"Fuego!"—grita un soldado, consumada
La atroz carnicería.—"Fuego!"—repiten
A coro los demás;—y pisoteando
Los sangrientos despojos aún calientes
De aquellos inocentes;
Con los sables teñidos hasta el pomo
Y empapadas en sangre sus libreas,
Los sicarios del déspota, implacables,
Buscan la lumbre en qué encender sus teas!

IX

Y en aquella hecatombe en que siniestro
El ángel de la muerte se agitaba,
Melchor, el niño tierno, aún respiraba;
Su madre agonizante
Al caer le ocultó con su vestido.
El sintió, pobre niño, uno por uno,
Los cuerpos que caían,
Escuchó de las víctimas las quejas
Que á sus verdugos compasión pedían!
Y respirando apenas, con sus manos
Comprimiendo en la frente honda cortada,
Manando sangre, con los labios secos,
Suspenso el corazón, en cruel angustia
Hasta el bosque llegó. La choza ardía
Y aquella gente fiera,
Calcinando los restos en la hoguera



Su horrible crimen ocultar creía!
Angel, agonizante,
Vuelve en sí por el fuego que ya muerde
Su tierna carne; herido sofocado,
Se lanza hacia la puerta, y un soldado
Con su punzante acero allí le ostiga.
Y ni los gritos del sangriento infante,
Ni su albo rostro que la vida busca,
Que alegre brilla y resplandece afuera,
Aplacan su rigor. Al fin el niño
Lanza un postrer gemido, y sin aliento
Desparece en el Centro de la hoguera!

X.

Y no distante del siniestro sitio
En abierta sabana,
Las huestes españolas tocan diana!
La choza sigue ardiendo, y los soldados
En sangre tintos. del botín cargados,
Al resto de la tropa se reunen;
Y á los redobles del tambor batiente,
Gritando ¡Viva España! en su desfile
El batallón se apresta á la campaña:
Y el eco sordo en el humeante bosque,
Repite ¡Viva España!

RAFAEL DE C. PALOMINO.

Carta célebre de Ignacio Mora, hermano de las víctimas.

Al General español, Conde de Valmaseda.

General:

Habeis inaugurado vuestro mando con un crimen, habeis continuado en la obra que emprendisteis en 1868. Sois consecuente, es al menos una cualidad, bien sea para ejercer la virtud, ó bien para continuar en el crímen. No habeis desmentido ni un solo momento el carácter de vuestra raza, ni habéis olvidado.....que sois feroz, sanguinario y descendiente del pueblo que tuvo por rey á Felipe II y por Jefe de su Iglesia á Torquemada. El Duque de Alva del Siglo XIX.

El crimen del 6 de Enero es uno de los más horribles de la inmensa galería que registra la historia americana en sus guerras con España.

Cuantos crimenes, Conde! Aquellos crímenes son los que han engendrado para siempre ese odio que los americanos vienen heredando de padres á hijos, y que constituyen la base principal de la nacionalidad americana: es el gran documento que tenemos los hijos de la América para destruir la dominación de los españoles.

Las dos virtuosas señoras Mercedes y Juana Mora, llenas de vida y en el apogeo de su hermosura, han sido robadas, insultadas, asesinadas y quemadas despues, con sus tiernos é ino



centes hijos, por los soldados que manda el Coronel Acosta. Ese Jefe, al parecer culpable, no es sino el exacto cumplidor de vuestras órdenes; de consiguiente, ese crimen y esa sangre, caen sobre vuestra conciencia gota á gota, para eternizar el odio que ya pesa sobre vuestro nombre; sí, General, el único responsable de los actos que se cometen durante vuestro mando, sois vos. No cabe disculpa; las medidas tomadas en Bayamo cuando erais Jefe de operaciones de aquel Departamento, son las que se han planteado al recibir vos el mando superior; los mismos soldados y los mismos Jefes. La única variación es la que resulta de ser hoy el primer Jefe, cuando antes erais el segundo.

Para Acosta y Albear no hay sino desprecio, por el doble crimen de ser cubano y mandar soldados españoles; mientras que para el General Conde de Valmaseda son todos los odios, las acriminaciones y el fallo terrible de la posteridad.

Cuando cansado de las adulaciones de la chusma de españoles que os rodean, os retireis á descansar de tantas bajezas, vuestro sueño no será tranquilo. Agitado en vuestro lecho, saltareis con la misma agilidad que lo hacía la preciosa niña Adriana Mola, en sus bailes y juegos infantiles, antes del asesinato del 6 de Enero.

En vuestro sueño vereis siempre la imágen de Mercedes y Juana Mora (que conocísteis)



mostrándoos los ensangrentados cadáveres de seis niños en las puntas de las bayonetas de los soldados que mandáis, y en el fondo del cuadro se destacará el lívido cadáver del desgraciado esposo, el de Melchor Mola, á quien llamásteis —en otro tiempo—amigo, diciéndoos: ¡asesino! ¡asesino!

Si, Conde, este será vuestro sueño; sueño terrible que os perseguirá por todas partes; sombra eterna que irá unida á vuestro ser como á la planta la yedra, como al hombre la conciencia.

¡La conciencia!—Esta será vuestro castigo. Ella os mostrará vuestros hijos, y por rehazo, volveréis al cuadro de las víctimas de Acosta, y entónces, ¡oh Conde! Cuántas lágrimas abrazarán vuestras mégillas; cuántos sollozos os arrancará al alma el considerar que los pedazos de vuestro corazón, los hijos de vuestro amor, no podrán honrarse con vuestro nombre, porque el apellido del padre es un catálogo de crímenes, de maldades, de bajezas y de ignominia. ¡Qué herencia, Conde! Esos niños, esos niños que serán buenos porque han nacido en Cuba, tendrán los desgraciados que ocultarse en algún lugar, privarse de amar y de ser padres, para que el horror de vuestro nombre se estinga con ellos.

Habeis tenido la horrible desgracia de legar á España un nombre mas aborrecido que el del

convencional Dantón. Los hijos de éste permanecieron en el celibato para evitar que se perpetuase el horror de su apellido: los vuestros ¿qué harán?

La fama de vuestras atrocidades llenan la América y la Europa.

Desde la altura del capitolio de Washington se han anunciado al mundo vuestros hechos, y la Tribuna española los ha confirmado.

Marat se horrorizaría de vos, Conde de Valmaseda, y se horrorizaría, porque Marat representaba la utopía, la venganza de novecientos años de tiranía; era en fin, el desencadenamiento del pueblo en los primeros dias de su regeneración. Para él no ha habido disculpa: para vos no habrá sino horror!

A pesar del dolor que á mi alma de revolucionario ha causado el asesinato de mis hermanas y el de sus desgraciados hijos, aún tengo bastante energía para continuar la obra de independizar á Cuba de España. Aún creo alcanzar algunos años más de vida para dedicarlos á la gran empresa de libertar á Cuba; pero si la suerte me es contraria, si perezco antes, bajaré al sepulcro satisfecho no solo por haber contribuido al glorioso levantamiento cubano, sino por que he podido ayudar á formar la nacionalidad cubana, dando esperanzas al desgraciado negro del Departamento Occidental de su emancipación, y á los blancos de su regeneración. Es-

to para Cuba: para vos, Conde de Valmaseda, tengo una pluma, papel y una imprenta en que poder contar á los cubanos vuestras hazañas, las que son dignas de vuestros antecedentes.

IGNACIO MORA.




PRECIO
UN PESO.